

Huelga, insurrección y aniquilamiento: Argentina, enero de 1919

Nicolás Iñigo Carrera

Introducción

Este trabajo es un ejercicio de conceptualización sobre la llamada “Semana Trágica” de enero de 1919, considerada uno de los acontecimientos más destacados en la historia de la clase obrera argentina. Apunta a conocer la naturaleza de ese hecho y a utilizar para ello conceptos acuñados en el desarrollo del cuerpo teórico cuyo instrumental teórico utilizamos.

A diferencia de lo que es habitual en la historiografía, donde la conceptualización de los hechos investigados suele ser rechazada con el falso argumento de que opera como “lecho de Procusto” que recorta o estira la realidad investigada para adaptarla a esos conceptos o, como está de moda actualmente, se confunde conceptualización con “esencialismo”, en las investigaciones realizadas en el PIMSA hemos considerado siempre que la descripción y análisis de un hecho histórico resulta incompleta si esa reconstrucción de la realidad por el pensamiento no localiza a ese hecho en un cuerpo teórico universal. Así lo hemos hecho en la investigación de los hechos que signaron la historia argentina reciente en 1989 y en los hitos del ciclo de rebelión desarrollado entre diciembre

de 1993 y diciembre de 2001, apuntando a superar los nombres comunes e imprecisos con que esos hitos eran conocidos, para intentar localizarlos con relación a una escala de formas de lucha. De esta manera, hechos muy diferentes entre sí, pero en los que se presentaba el rasgo común del enfrentamiento callejero, vulgarmente nominados sin distinción entre ellos apelando al sufijo “azo” (supermercadazo, santiagazo, cutralcazo, correntinazo, etc., hasta culminar en el argentinazo), fueron conceptualizados atendiendo a los grados de conciencia de sí y de su oponente, a su organización, a los medios de lucha utilizados, como “revuelta”, “motín”, “toma y defensa de una posición” o “lucha de barricadas”, hasta culminar en la “insurrección espontánea”¹. Es decir, localizados en una escala de lucha universal. La conceptualización del hecho implica ubicarlo en la escala de las formas de lucha. Lo cual no significa de manera alguna que el desplazamiento en esa escala sea lineal, ya que existen momentos de ascenso y descenso dentro de la escala, ni que el desarrollo del proceso histórico y de su conocimiento no incorpore nuevos conceptos a la escala. El objetivo de este ejercicio es, pues, rechazar la tendencia que evita dar carácter universal a los hechos de rebelión ocurridos en Argentina e intentar localizarlos en una escala de formas de lucha.

La búsqueda de una conceptualización también confronta con las lecturas de los hechos protagonizados por la clase obrera que tienden a enfatizar la condición de víctima de los obreros en lucha, ante las acciones que emprenden las clases dominantes. Es verdad que en la historia de las clases populares argentinas, y más aún en su historia reciente, no han faltado hechos que han pasado a ser conocidos como “masacres”. Sin necesidad de remontarse al siglo XIX, momento en que las relaciones capitalistas se impusieron en Argentina mediante el uso de la fuerza, pueden darse varios ejemplos, sin que esta breve referencia agote, ni mucho menos, la enumeración de hechos caracterizados como

1 Cfr, por ejemplo, Iñigo Carrera, N., Cotarelo, M.C., Gómez, E. y Kindgard, F.; *La revuelta de 1989/90 en Argentina*; Buenos Aires, PIMSA -Documento de Trabajo N°4, 1995. Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M. C.; “Revuelta, motín y huelga en la Argentina actual”; Buenos Aires, *PIMSA- Documentos y Comunicaciones* 1997. Cotarelo, M.C.; “El motín de Santiago del Estero. Argentina, diciembre de 1993”; Buenos Aires, *PIMSA - Documentos y Comunicaciones*, 1999. Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M. C.; “La insurrección espontánea. Argentina, diciembre 2001. Descripción, periodización, conceptualización”; *PIMSA-Documentos y Comunicaciones* 2003; Buenos Aires, 2004.

“masacres”. Dirigidas algunas de ellas a eliminar militantes políticos prisioneros – como las de José León Suárez en 1956², de Trelew en 1972³ o Margarita Belén en 1976⁴ –, otras – como la de Napalpí de 1924⁵ – tuvieron como víctimas a poblaciones indígenas semiproletarizadas que se resistían a aceptar las condiciones laborales y de existencia que se les imponían o – como la de Oberá de 1936⁶ – a campesinos que reclamaban mejores precios para sus productos y tierra para asentarse. Entre los muchos hechos calificados como masacres de obreros están el ataque contra la asamblea obrera reunida en la Casa del Pueblo de Ingeniero White en 1907⁷, los hechos de Jacinto Aráuz en 1921⁸, los fusilamientos en Santa Cruz en 1921⁹ y también la llamada “Semana Trágica” de enero

2 Cfr. Walsh, Rodolfo; “Operación Masacre”; Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1991 [decimioctava edición].

3 Existen numerosos relatos y testimonios sobre este hecho, además de una película. Entre los primeros publicados están: Martínez, Tomás Eloy; *La pasión según Trelew*; Buenos Aires, Granica Editor, 1973. Berger, María Antonia, Camps, Miguel Ángel, Haidar, Ricardo Rene; *La patria fusilada. Entrevista de Francisco Urondo*; Buenos Aires, Ediciones de Crisis, 1973.

4 Giles, Jorge; *Allí va la vida. La masacre de Margarita Belén*; Buenos Aires, Colihue, 2003. Tissembaum, Edwin Eric; *Desde más adentro*; Resistencia, ICPC - SSDDHHCH - HIJOS, 2009.

5 Hay varios trabajos donde se relata y analiza este hecho desde diferentes perspectivas teóricas; entre otros: Cordeu, Edgardo y Siffredi, Alejandra; *De la algarroba al algodón. Movimiento mesiánico de los Guaycurú*; Buenos Aires, Juárez Editor, 1971. Iñigo Carrera, Nicolás; *La violencia como potencia económica. Chaco 1870 - 1940*; Buenos Aires, CEDAL, 1988. Vidal Mario; *Napalpí. La herida abierta*; Resistencia, Editorial Región, 1998; Echarri, Fabio Javier; *Napalpí. La verdad histórica*; Resistencia, edición del autor, 2001.

6 Cfr. Waskiewicz, Silvia Andre; *La masacre de Oberá, 1936*; Posadas, Editorial Universitaria de Misiones, 2005.

7 Randazzo, Federico; *Las grietas del relato histórico: Apuntes sobre los orígenes del anarquismo en Bahía Blanca y la matanza de obreros en Ingeniero White en 1907*; Buenos Aires, Departamento de Historia del Centro Cultural de la Cooperación, Cuaderno de Trabajo n° 76, julio de 2007.

8 Bayer, Osvaldo; “La masacre de Jacinto Arauz”; en *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos*; Buenos Aires, Editorial Galerna, 1975. Etchenique, Jorge; *Pampa Libre. Anarquistas en la pampa argentina*; Editorial Nexo-Amerindia/Universidad Nacional de Quilmes, Santa Rosa, 2000.

9 Bayer, Osvaldo; *Los vengadores de la Patagonia Trágica*; Buenos Aires, Galerna, 1974. Punzi, Orlando Mario; *La Tragedia Patagónica. Historia de un ensayo anarquista*; Buenos Aires, Círculo Militar, 1991. Lafuente, Horacio; *Una sociedad en crisis. Las huelgas de 1920 y 1921 en Santa Cruz*; Argentina, Grupo Editor C.I.E.N., 2002.

de 1919. Esa caracterización de “masacres” contiene una fuerte carga de apreciación ética pero es insuficiente para conocer el momento histórico, las relaciones de fuerza existentes y, por ende, la explicación de los hechos investigados. Esa explicación queda frecuentemente reducida a ciertas características intrínsecas que tendrían las clases dominantes y su aparato militar, cuando no a la “locura” de los “represores”. Y aun cuando se superara la simple apreciación ética, el sujeto principal de estas miradas es la burguesía, el régimen de dominación y sus instrumentos de lucha. Se pierden así de vista la clase obrera y los instrumentos de lucha que utiliza, es decir, su condición de sujeto contendiente.

Nuestro intento por conceptualizar y localizar en la escala de las formas de lucha de la clase obrera y no desde apreciaciones éticas que remiten a los instrumentos de la burguesía, apunta también a dejar de lado la imagen de la clase obrera como víctima para considerarla sujeto contendiente.

La Semana de Enero de 1919

Como se dijo más arriba este es un ejercicio de conceptualización sobre un hecho que es un hito en la historia de la clase obrera argentina. Una primera mirada sobre el hecho nos muestra lo siguiente:

El 7 de enero de 1919 chocaron huelguistas, rompehuelgas y policías en las cercanías de los depósitos de la empresa metalúrgica Vaseña, ubicados en el barrio porteño de Nueva Pompeya. Las dos centrales sindicales de aquel momento declararon una huelga general a partir del 9, día en que se sucedieron las movilizaciones y actos callejeros, a los que siguieron numerosos choques armados y el ataque de fuerzas policiales y militares a los manifestantes que rendían homenaje en el cementerio de la Chacarita a los obreros muertos el día 7. El 9 de enero las masas trabajadoras mantuvieron la iniciativa y, por unas horas, se apropiaron de las calles en los barrios populares. El día 10 miles de soldados de infantería, artillería, caballería y obuses, y de la marina de guerra, se sumaron a la policía para ocupar militarmente la ciudad de Buenos Aires. El movimiento se extendió a distintos gremios de la provincia de Buenos Aires y Santa Fe y como huelga general a las ciudades de Mendoza, Mar del Plata, Rosario y Tucumán, y a Montevideo (Uru-

guay) donde también se produjeron choques callejeros. El gobierno de Hipólito Yrigoyen intentó mediar, presionó a la empresa Vasena -que aceptó las demandas de sus trabajadores- y se reunió con la dirección de la FORA (IX Congreso), que, con apoyo del Partido Socialista, dio por terminada la huelga general el día 11, fracturándose así la conducción de la lucha. Pero esta resolución no fue aceptada por la masa obrera que continuó, como la FORA (V Congreso), la huelga, las manifestaciones y los choques callejeros armados, desbordando a sus convocantes. Sin una conducción política y militar, privadas del apoyo de la parte más fuerte del movimiento sindical, enfrentadas a una fuerza armada mejor pertrechada y cohesionada y a la acción de grupos de civiles armados en defensa del orden establecido, las masas en lucha perdieron la iniciativa, y se intensificaron los allanamientos de locales obreros y la persecución a todo aquel que, con razón o sin ella, pudiera ser catalogado de “maximalista” o de “ruso”. La huelga finalizó el día 14, aunque los hechos callejeros se prolongaron hasta el 17. El hecho recibió el nombre de “Semana Trágica”.

La confrontación acerca de cómo nominar al hecho investigado nos introduce al problema de cómo conceptualizarlo. El nombre de “Semana Trágica”, que invoca el carácter “violento” del hecho y la matanza de obreros, fue rechazado por una parte del movimiento obrero, que consideró que la lucha de los trabajadores sólo puede ser considerada una “tragedia” por los defensores del orden existente, y prefirió llamarla la Semana de Enero de 1919. Sin embargo, esta nominación, aunque pretende reivindicar el elemento de lucha, se mantiene tan alejada de una conceptualización como la de Semana Trágica. Y por ende lo aísla de cualquier intento de universalizar su análisis y de ubicarlo en alguna escala de formas de lucha. La Semana de Enero se convierte en un hecho único, aislado e incomparable.

Nuestro trabajo propone investigar el hecho de enero de 1919, pasando por las etapas de descripción –sin que esto signifique agregar nueva documentación a la más que abundante ya conocida– y análisis, para proponer una conceptualización que lo localice tanto en la escala de los medios de lucha del régimen de dominación –masacre– como de las formas de lucha de la clase obrera y otras fracciones sociales oprimidas –“insurrección”. En ese sentido dialoga y confronta con los

trabajos que se propusieron caracterizar el hecho como resultante de las contradicciones de clase e intentaron localizarlo en la escala de las formas de lucha populares: revuelta, movimiento huelguístico, huelga insurreccional.

Existe una bibliografía relativamente abundante sobre la Semana de Enero. Hay múltiples referencias en las historias del movimiento obrero y en memorias de militantes políticos de todas las tendencias (excepto, quizás, los del partido entonces gobernante). Los primeros libros de los que tenemos registro exclusivamente referidos al hecho tuvieron como autores a dos oficiales policiales que intervinieron en la Semana de Enero; fueron escritos varias décadas después y desde perspectivas diferentes: mientras José Ramón Romariz cuestiona muchas de las acciones realizadas por el gobierno, la policía y los militares frente al movimiento obrero, para contraponerlas a “los dones morales, materiales y jurídicos alcanzados por obra de la doctrina justicialista [...]”¹⁰, Octavio A. Piñero¹¹, que publica su libro inmediatamente después del derrocamiento de Perón e ignora la existencia del libro de Romariz, defiende la intervención policial. No es casual que haya sido durante el ascenso de la lucha de las masas en las décadas de 1960 y 1970 que varios investigadores publicaran trabajos sobre la Semana de Enero de 1919, en la perspectiva teórica que considera como dimensión central la confrontación entre las clases sociales: el artículo precursor de Nicolás Babini¹² al que siguió el libro de Julio Godío¹³. Posteriormente, aunque de ninguna manera ajeno a aquel momento ascendente, Edgardo J. Bilsky¹⁴ publicó la investigación más completa existente sobre el tema. Tampoco es casual que poco después Federico Rivanera Carlés¹⁵, asumiera la defensa de la versión de los hechos dada por la policía.

10 *La Semana Trágica*; Buenos Aires, Editorial Hemisferio, 1953; p. 8.

11 *Los orígenes y la trágica semana de enero de 1919*; Buenos Aires, s/e, 1956.

12 “La Semana Trágica”; en Revista *Todo es Historia*; Buenos Aires, Año I, N° 5, septiembre de 1967.

13 *La Semana Trágica de enero de 1919*; Buenos Aires, Granica Editor, 1972.

14 *La Semana Trágica*; Buenos Aires, CEDAL-Biblioteca Política N° 50; 1984.

15 *El judaísmo y la Semana Trágica*; Buenos Aires, Instituto de Investigaciones sobre la cuestión judía, 1986.

Caracterizaciones contrapuestas de la Semana de Enero de 1919

Las primeras caracterizaciones se hicieron mientras sucedían los hechos.

El complot maximalista y la insurrección subversiva

Las clases dominantes, sus cuadros políticos y las instituciones que organizan sus intereses tienden a ignorar las contradicciones existentes en la sociedad y a atribuir los conflictos sociales a la mera acción de agentes subversivos. La Semana de Enero no es una excepción.

Tanto la policía como los grandes diarios, los dirigentes políticos, los parlamentarios y personalidades defensoras del orden social vigente denunciaron la existencia de un “complot maximalista”, con origen en Rusia, que se extendía incluso más allá de Argentina y que simultáneamente había tenido manifestaciones en Uruguay, Chile y Perú

No creo yo que sea todo una farsa sangrienta [...] porque si fuera una farsa aquí, habría sido también una farsa en la República Oriental de Uruguay, en el Perú y en Chile, donde también han ocurrido estos fenómenos. [...] No es verosímil.[...] Este fenómeno, según hombres políticos que están muy cerca de las tendencias que se dicen maximalistas, según opiniones que he cambiado con ellos, que les he oído, es producido por el maximalismo ruso, para hacerse tener en cuenta en el momento de la Conferencia de Paz, como fuerza social expandida en el mundo, que está actuando lo mismo en la República Argentina, que en Chile, que en el Perú y en el Uruguay, en toda América del Sur, en un momento en que el maximalismo en Rusia está siendo aislado como un microbio y le conviene expandirse y mostrar que se expande; así el oro ruso o alemán ha venido a trabajar en la República Argentina, como en el Perú y Chile, como en la República Oriental del Uruguay¹⁶.

16 Intervención del diputado conservador Julio A. Costa; Cámara de Diputados, Diario de Sesiones, sesión del 24 de enero de 1919, pp. 300- 301; citado en Rivanera Carles; op. cit.; p. 212. He debido recurrir a la cita de Rivanera Carles porque en la Biblioteca del Congreso Nacional falta el tomo correspondiente a los Diarios de Sesiones de enero de 1919.

Pocos días antes el diario *La Nación* caracterizaba los hechos diciendo que

De la huelga pasamos insensiblemente a la maniobra subversiva, con caracterizaciones tan definidas como los asaltos a las comisarías o al departamento central de policía. Los obreros que han dado el impulso inicial quedan en segundo término, aun cuando muchos de ellos, dejándose llevar por exaltaciones enconadas, secundan, acaso sin darse cuenta exacta de su conducta, la acción revolucionaria de los comités secretos. Todos estos síntomas acusan la obra de una organización vigorosa, preparada de largo tiempo atrás, que ha estado al acecho de las perturbaciones huelguísticas para aprovecharlas en su favor. Y la investigación policial puesta sobre la pista por estas exteriorizaciones, descubre uno de los centros agitadores, constituido por un soviet de súbditos extranjeros, que han venido expresamente a la República para tomar posesión de su gobierno y para proporcionarle fórmulas de anarquía disolvente según el modelo de su país originario¹⁷.

Esta caracterización de “complot maximalista, fue mantenida por la policía incluso después de la liberación de los acusados de formar el “soviet supremo de Buenos Aires”, mientras los diarios la dejaban de lado.

En sus memorias, publicadas a comienzos de los años treinta, quien fuera embajador de los Estados Unidos en Argentina en la época de la Semana de Enero, Frederik Stimson, también hizo referencia a la “revolución bolchevique” en Buenos Aires, y al “plan íntegro de ese gobierno bolchevique, con los nombres de su presidente, secretarios de estado, jefes militares y todo el régimen bolchevique propuesto”, que era parte “de un movimiento comunista internacional para paralizar, entre 1918 y 1919, los cinco puertos más importantes para los aliados: Estocolmo, Rotterdam, Liverpool, Nueva York y Buenos Aires”¹⁸.

Sin embargo, no existe documentación conocida que avale la existencia de un intento de tomar el poder por parte de los simpatizantes

17 *La Nación*; 14/1/1919, p. 6.

18 Stimson, Frederik Jesup; *My United States*; citado en Fihman; *Oíd mortales el grito olvidado*; Buenos Aires, edición del autor, 1994; pp. 58-59.

de la reciente revolución rusa¹⁹, ni nada que vaya más allá de especulaciones basadas en la envergadura del hecho y de la disciplinada adhesión obrera a la huelga, como, por ejemplo, las del senador conservador por Santa Fe Pedro Echagüe, que consideró que el “movimiento”, preparado “hábil y ordenadamente” estalló

[...] providencialmente antes de tiempo, precipitado y complicado por la huelga de la casa Vasena. Si hubiera llegado a madurar estallando en su momento, generalizado y secundado por los ferroviarios y otros recursos de acción y de pánico, que los ácratas ordinariamente utilizan, nunca hubiéramos alcanzado a lamentar las proporciones de la catástrofe, pues por lo que pasa en el viejo mundo sabemos cuáles son los procedimientos: arrebatarse por sorpresa el poder, ahogar en sangre toda iniciativa de reacción y adoptar para mantenerse, el terror como sistema de gobierno²⁰.

Otros discursos escuchados en las sesiones del Congreso Nacional, por ejemplo del diputado radical Carlos Gallegos Moyano²¹, que comparó lo ocurrido en Argentina con la insurrección espartaquista alemana, o de boca del senador conservador Pedro Olaechea y Alcorta²², también

19 El archivo de la Internacional Comunista, consultado en la Unidad de Información del Centro Cultural de la Cooperación, no tiene documentación anterior a 1921.

20 Intervención del senador Pedro Echagüe; Cámara de Senadores, Diario de Sesiones, sesión del 16 de enero de 1919, p. 39. También el cura Gustavo J. Francheschi (organizador de la lucha antisocialista y futuro exaltador del fascismo), desde el diario católico *El Pueblo* señaló como prueba de la existencia del complot la disciplina de los manifestantes que atacaban las comisarias y, dato que merecería una investigación específica para constatar su veracidad, la existencia de cierta uniformidad en las armas (pistolas Browning y carabinas Winchester) incautadas por la policía (Francheschi, Gustavo; “La revolución reciente”, diario *El Pueblo*, 26/1/19; citado en Rivanera Carles; op. cit.; p. 209).

21 Intervención del diputado radical Carlos Gallegos Moyano; Cámara de Diputados, Diario de Sesiones, sesión del 24 de enero de 1919, p. 284; citado en Rivanera Carles; op. cit.; p. 209.

22 “[...] tanto por las informaciones de la prensa como de las informaciones particulares que tengo, se ha visto manifiestamente un propósito definido de implantar en la Argentina las doctrinas maximalistas. Esto no es una arbitrariedad, es decir una afirmación antojadiza, pues lo ha repetido todo el mundo y he oído a personas que a su vez lo han oído de otras que hacían propaganda de esta doctrina. Esto es, que los mismos rusos maximalistas se declaraban triunfantes en la República Argentina” (Intervención del senador conservador por Santiago del Estero, Pedro Olaechea y Alcorta; Cámara de Senadores, Diario de Sesiones, sesión del 16 de enero de 1919, p. 46).

muestran la escasa base fáctica de los argumentos sobre el “complot internacional”.

También el comisario Piñero, que califica al hecho como “insurrección”²³ y como “movimiento subversivo” de “carácter anárquico”²⁴, considera que el fin de los “agitadores de extrema izquierda” era “apoderarse del gobierno y establecer un soviét”²⁵.

La caracterización del hecho como “complot” e “insurrección subversiva más importante del país” es retomada en la década de 1980 por Federico Rivanera Carlés²⁶, que asume la defensa de la versión de los hechos dada por la policía, a cuyos archivos tuvo exclusivo acceso y cuyos partes reprodujo parcialmente, así como citó abundantemente a los diarios defensores del régimen de dominación, en una respuesta a los “propagandistas marxistas y libertarios”. Rivanera Carlés presenta la especificidad de atribuir a “los judíos” un “papel protagónico” en la “insurrección subversiva”.

Masacre

Contemporáneamente con el desarrollo del hecho, el Partido Socialista hizo pública una declaración responsabilizando a “las fuerzas del gobierno” por “la masacre de obreros”²⁷, caracterización que reiteró al referirse al ametrallamiento de los manifestantes por tropas de la policía y del ejército, en el barrio de Parque Patricios, frente a los Talleres Vasena el día 9. El comisario Romariz²⁸ también califica a este ametrallamiento como “masacre”, aunque intenta desligar a la policía y al ejército atribuyéndolo a los guardias de la fábrica.

23 Piñero; op. cit., p. 60.

24 Piñero; op. cit., p. 80.

25 Piñero; op. cit., p. 30.

26 Rivanera Carlés, Federico; *El judaísmo y la Semana Trágica*; Buenos Aires, Instituto de Investigaciones sobre la cuestión judía, 1986

27 *La Vanguardia*; 8/1/1919; p. 2. El diario volvió a calificar de “masacre de obreros” a los hechos del día 9 que relataremos más adelante (*La Vanguardia*; “La unánime protesta del pueblo de la capital contra las masacres de obreros y la prepotencia capitalista”; 10/1/1919; p. 1).

28 Romariz; op. cit.; p. 106.

Revuelta

El comisario Romariz caracteriza al hecho como “revuelta” que alcanzó una “inusitada gravedad”²⁹, “[...] un neto movimiento de clase. De la clase baja, de la desheredada; y como tal amalgamó en sus filas a todos los trabajadores y al pueblo humilde sin distinción de razas, credos e ideologías”³⁰, un “alzamiento sin organización, dirección y fines determinados”³¹, aunque “los líderes del movimiento obrero, [...] trataron [...] de canalizar el descontento latente y la confusión reinante hacia la ‘revolución social’, que de cuajar, podría llevarlos a la posesión del poder público”; y, a la vez, introduce la participación de la capa social más pobre de vida y de influencia: “esa masa amorfa, delincuente, aventurera e irresponsable, que aflora en la superficie de los grandes centros urbanos, surgiendo inopinadamente de sus bajos fondos”³². En su caracterización como “revuelta” hay, fuera esa su intención o no, una localización del hecho en la escala de las luchas sociales.

La caracterización como “revuelta”, contrapuesta a “revolución”, aparece también en un artículo de *La Protesta*, que Andreas Doeswijk atribuye como probable autor a Emilio López Arango. En ese artículo

29 Romariz; op. cit.; p. 179.

30 Romariz; op. cit.; p. 180.

31 Romariz; op. cit.; p. 181.

32 Romariz; op. cit.; p. 179. “[...] las restricciones y prohibiciones a la policía para proceder con energía, aún en caso de ser injuriada o atacada a pedradas, y la conducta insolentemente provocativa y desorbitada de los especulativos turiferarios del obrerismo, fueron engendrando un fuerte encono y una cólera sorda en los hombres de la repartición que desbordó en la Semana Trágica, implacable, inexorable, vengativa. Por su parte los líderes del movimiento obrero, ensobrecidos por la pasividad y tolerancia del gobierno ante sus desmanes, creyéndolo amedrentado y claudicante y aprovechando el dolor y la irritación que produjera el asesinato de los trabajadores en huelga, trataron por todos los medios de canalizar el descontento latente y la confusión reinante hacia la ‘revolución social’, que de cuajar, podría llevarlos a la posesión del poder público. Los obreros, potencialmente rebeldía secular, influenciados por una violenta y hábil oratoria demagógica, enardecidos por la masacre de sus hermanos en el sufrimiento y en la miseria, marcharon a la revuelta en un impulso incontrolado de rencor y de protesta contra una sociedad que los mantenía al margen de toda ventura, de todo don y de toda justicia. Y finalmente se sumó al desorden esa masa amorfa, delincuente, aventurera e irresponsable, que aflora en la superficie de los grandes centros urbanos, surgiendo inopinadamente de sus bajos fondos, para azuzar y ocupar los puestos de primera fila, en el saqueo que provoca, en los incendios que produce y en el ataque que inspira”. (Romariz; op. cit.; pp. 179 – 180).

también se nomina al hecho “huelga violenta” y “motín popular”³³. En todos los casos lo que se enfatiza es la disposición popular a la lucha y la incapacidad por parte de las organizaciones anarquistas de transformar esa disposición en revolución.

“Revuelta” es, pues, el concepto utilizado por contemporáneos del hecho, que participaron de él desde posiciones opuestas, y que coinciden en señalar el carácter de clase de la movilización popular y la ausencia de conducción política.

Movimiento huelguístico o huelga insurreccional

Aunque desde una perspectiva teórica y política contrapuesta a la de Romariz y distinta de la del anarquismo, la caracterización de Godio apunta en una dirección similar: su perspectiva metodológica lo hace analizar el hecho centrando la mirada en las organizaciones político ideológicas, enfatizando las alternativas políticas que se presentan ante la clase obrera, y por tanto, caracteriza el hecho como un “movimiento huelguístico” que los anarquistas quisieron transformar en huelga revolucionaria³⁴.

Bilsky, ubica a la Semana de Enero como la más importante de las “huelgas insurreccionales”³⁵ que se desarrollaron en las dos primeras décadas del siglo XX. Enfatiza la espontaneidad con que se inició el movimiento huelguístico, para señalar que “en su desarrollo, la combatividad de las masas toma durante los primeros días formas activas, pasando luego a mantener una actitud pasiva o defensiva”. Caracteriza al hecho como “manifestación de protesta –que tiene un carácter implícito de censura al gobierno–”, pero que “careció de objetivos claros establecidos sobre un programa de reivindicaciones”, que en su desarrollo “va a dotarse [...] de

33 *La Protesta*, 20/2/1919; citado en Doeswijk, Andreas L.; *Los anarco-bolcheviques rioplatenses*; Buenos Aires, Cedinci Ediciones, 2013. Doeswijk, que no sintetiza en un concepto su caracterización de la Semana de Enero, aunque no parece demasiado alejado de la que utiliza *La Protesta*, sí afirma la imposibilidad de entender el hecho por fuera de lo que denomina el Trienio Rojo que delimita entre el 29 de noviembre de 1918 y la segunda huelga agraria de Santa Cruz en enero de 1922

34 “[...] la FORA del Vº, pese a carecer de una doctrina capaz de conducir a la clase obrera por un camino efectivamente revolucionario, pudo con sus consignas generales anticapitalistas y antiestatistas, convertirse en la fuerza dirigente del movimiento huelguístico durante varios días” (Godio; op. cit.; p. 56).

35 Bilsky; op. cit.; p. 148.

un pliego de exigencias”, formulado “de manera deformada” por la FORA IX y que es superado por una fracción importante de la clase obrera que continúa la lucha con las reivindicaciones democráticas de “liberación de los presos, retiro de las fuerzas represivas, derecho de reunión, ninguna represalia”, que incorpora la FORA V³⁶. En su análisis también privilegia la observación del papel de las organizaciones políticas, y explica el desenlace por la falta de “alternativas de organización que coordinen a nivel local (barrial o regional) las iniciativas obreras, permitiendo además realizar un puente con los otros sectores de la población”; esa falta habría sido resultado de la “división del movimiento, la irregularidad en el ritmo de la movilización de los diferentes sectores sociales, sumado a la fuerza de la represión”³⁷. Pero señala también que las divisiones políticas dentro del movimiento obrero “recubren también diferentes ‘tipos’ de obreros”³⁸. Sin embargo, el núcleo de sus conclusiones apunta a las organizaciones políticas y sindicales que “sirvieron de freno a la movilización”: el PS, que plantea como único camino la vía electoral parlamentaria, y los sindicalistas revolucionarios, que, expresando a su base social pero también por un proceso de “‘burocratización’ precoz”³⁹, trataron de limitar la movilización a los conflictos parciales de metalúrgicos y marítimos, y a la incapacidad del anarquismo, que caracterizó al movimiento huelguístico como “levantamiento popular de indignación y protesta”, lo promovió, pero fue incapaz de conducirlo, como parte de los mismos anarquistas señalaron posteriormente⁴⁰. Bilsky considera también que “las jornadas de enero de 1919 [...] cierran el período insurreccional del proletariado argentino”⁴¹, iniciado una década y media antes, tema sobre el que volveremos más adelante.

36 Bilsky; op. cit.; p. 144-145. La tesis de Bilsky es que la drástica respuesta del gobierno y de las fuerzas conservadoras se debió a que si triunfaban las demandas democráticas de la FORA V hubiera habido un “resquebrajamiento de la estructura del Estado oligárquico-radical” (p. 145).

37 Bilsky; op. cit.; p. 145.

38 “La cristalización de una ‘aristocracia’, esto es, de un sector [de la clase obrera] que comienza a diferenciarse tanto del punto de vista social como político”, personificado en los obreros ferroviarios (Bilsky; op. cit.; p. 150-151).

39 Bilsky; op. cit.; p. 148.

40 Bilsky; op. cit.; p. 150-151.

41 Bilsky; op. cit.; p. 153.

Como señalamos más arriba, nuestro trabajo propone una conceptualización del hecho que lo localice en la escala de los medios de lucha del régimen de dominación y en las formas de lucha de la clase obrera y otras fracciones sociales oprimidas, confrontando con otras caracterizaciones como revuelta, movimiento huelguístico o huelga insurreccional.

La clase obrera argentina en 1919

En primer lugar haremos referencia a la localización del hecho investigado con relación al proceso histórico de génesis y desarrollo de la clase obrera en Argentina.

El hecho de enero de 1919 constituyó el momento culminante del ciclo de la historia de la clase obrera argentina que se extendió desde la década de 1870 hasta los primeros años de la década de 1920⁴², y que tuvo como rasgo característico la confrontación abierta de la casi totalidad de esa clase social con el sistema institucional político: las luchas de los trabajadores tendieron a darse por fuera y enfrentadas a ese sistema, aunque algunas fracciones obreras se propusieran formar parte del mismo, y lo lograran incipientemente⁴³. Dicha confrontación tenía su fundamento en la imposibilidad de acceder a algún grado de institucionalización para casi todas las fracciones obreras: su organización profesional, sindical, no era reconocida, y sus intentos de participación política a través del Partido Socialista encontraba una valla insalvable en el sistemático fraude electoral aplicado por los partidos políticos de la alianza social dominante desde poco antes de 1880.

En el último tercio del siglo XIX, en el contexto de una nueva fase del capitalismo en el mundo, con la génesis y desarrollo del capital financiero y las disputas entre potencias por el dominio sobre vastos territorios económicos, el capital extendió su dominio en la Argentina, potenciando las transformaciones económicas desarrolladas a lo largo del siglo, para convertirse en la última década del siglo en la relación social dominante. Como en toda sociedad capitalista, el desarrollo del capital tuvo como condición necesaria la existencia de una masa de desposeídos de sus con-

42 Este ciclo contiene momentos de ascenso y descenso de la lucha obrera.

43 Iñigo Carrera, Nicolás; *La estrategia de la clase obrera. 1936*; Buenos Aires, La Rosa Blindada / PIMSA, 2000; capítulo 2.

diciones materiales de existencia, disponibles para el trabajo asalariado. La importación y la acumulación local de capitales fueron acompañadas por la “importación” de trabajadores mediante la inmigración de crecientes contingentes de población⁴⁴ que se sumaron a los que, dentro del territorio nacional y como resultante de los enfrentamientos sociales que tomaron la forma de “guerras civiles” desarrolladas durante la segunda mitad del siglo XIX, y la conquista militar de los territorios indígenas, iban siendo desposeídos de sus condiciones materiales de existencia por la destrucción de los modos productivos preexistentes, articulados hasta entonces por el capital mercantil. El crecimiento de la población y su concentración en las grandes ciudades del litoral fueron acompañadas por un incremento de la división social del trabajo y, sobre todo a partir de la resolución de la crisis económica de 1890, la producción de medios de consumo necesarios fue dejando de ser casi exclusivamente artesanal para dar lugar al crecimiento de una actividad industrial propiamente dicha⁴⁵, sobre todo en el litoral, con Buenos Aires como centro económico y de la red ferroviaria del país, y otros puertos importantes, como Rosario y Bahía Blanca; Tucumán y Mendoza devinieron también asiento de industrias que producían bienes de consumo necesarios (alimentos y bebidas) para la población trabajadora. En 1895 más de la mitad de la población ocupada en la actividad económica era proletaria o semiproletaria⁴⁶, inserta en la agricultura, ganadería y las incipientes industrias, como por ejemplo, alimentos y ferrocarriles, a las que se fueron sumando frigoríficos y talleres metalúrgicos; las actividades portuarias tenían también un lugar relevante, en una economía cuyos productos agropecuarios estaban dirigidos a la exportación hacia Europa, principalmente a Inglaterra. Este desarrollo capitalista y nueva inserción de Argentina en el mercado mundial se dio dentro de la cadena imperialista dominada por Inglaterra, es decir, en condiciones de subordinación política y económica a Gran Bretaña.

44 Según el Censo nacional de 1914, alrededor del 30% de los habitantes de Argentina eran extranjeros, proporción que ascendía a más de la mitad de la población en la ciudad de Buenos Aires.

45 Dorfman, Adolfo; *Historia de la industria argentina*; Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

46 Ortiz, Ricardo M.; *Historia Económica de la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1964. Tomo I.

Desde fines de la década de 1870 aparecieron los primeros sindicatos por oficio y se llevaron a cabo las primeras huelgas parciales por el movimiento obrero organizado. En los actos y movilizaciones del 1° de mayo de 1890, realizados en Buenos Aires, Rosario, Chivilcoy y Bahía Blanca, en demanda de la jornada de 8 horas y en conmemoración de los Mártires de Chicago, se observan ya las tres direcciones concertadas de la lucha de la clase obrera (económica, política y teórica). En la década de 1880-1890 se crearon 19 sindicatos y se declararon 51 huelgas. En los cinco años siguientes, y a pesar de la crisis económica, se realizaron 76 huelgas. Entre 1894 y 1896 hubo un total de 73.000 huelguistas y en este último año se desarrolló una huelga ferroviaria que las más recientes investigaciones han demostrado que se convirtió en los hechos en una huelga general, aunque nunca fuera declarada como tal⁴⁷. Entre 1901 y 1902 se llevaron a cabo en la ciudad de Buenos Aires 55 huelgas y en los dos años siguientes, 113. También hubo huelgas en varias ciudades de la provincia de Buenos Aires – no sólo de los alrededores de la Capital, como Avellaneda y Quilmes, sino también del resto de la provincia como Azul, Baradero, Lobos, Pergamino y otras –, en Rosario, Tucumán, varias localidades de Entre Ríos, Córdoba, Santiago del Estero y Mendoza. En 1904 hubo huelgas generales en la industria azucarera tucumana y en Rosario⁴⁸.

En noviembre de 1902 se realizó la primera huelga general nacional, en la que culminaron una serie de huelgas parciales⁴⁹. Esta huelga tomó carácter político contra la sanción de la Ley de Residencia, que permitía al Poder Ejecutivo expulsar sin juicio previo, a todo extranjero “cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público”. También tomó carácter político la huelga general de diciembre

47 Maro, Cristóbal; «Los socialistas y la huelga grande de 1896. Indicios para el análisis de una crisis de representación». En: X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Rosario, 2005. Poy, Lucas; *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*; Buenos Aires, Imago Mundi, 2014.

48 Marotta, Sebastián; *El Movimiento Sindical Argentino*; Buenos Aires, Libera, 1960. Godio, Julio; *Historia del Movimiento Obrero Argentino*; Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1973.

49 Boido, Jorge Oscar; *La primera huelga general en la República Argentina (1902). Sus características y significados, como expresión de la presencia de los obreros como clase en la lucha político-económica*; Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de Luján, 2002.

de 1904, en repudio a la acción del gobierno y de la policía de Rosario. Estas huelgas generales excedieron ampliamente la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores y la segunda de ellas tuvo repercusión, incluso, en Tucumán. Así, la huelga general se constituyó en forma de lucha de la clase obrera argentina y, a la vez, tomó la modalidad de la huelga con movilización de masas, con choques armados con la policía y muertos de ambos bandos, como sucedió en los 1º de mayo de 1904, de 1905 y de 1909 (Semana Roja) y en agosto de 1907. Una idea de la magnitud del movimiento obrero en esa primera década del siglo la da el número de huelguistas que participaron de huelgas en la Capital Federal, en 1906 y 1907: 70.743 y 169.017, respectivamente. En 1907, año en que hubo dos huelgas generales en repudio a la intervención de tropas militares en conflictos obreros en Rosario y Bahía Blanca, la huelga fue también la forma de lucha adoptada por otras fracciones proletarias: la “huelga de inquilinos”, que involucró al conjunto de la familia obrera, así como a los trabajadores domiciliarios⁵⁰.

Entre el 1º y el 8 de mayo de 1909, se desarrolló la Semana Roja, un hecho con algunos rasgos que se repetirían en 1919: se inició con el ataque policial a una manifestación obrera y se prolongó por una semana en que, a pesar de la ocupación militar y policial de la ciudad de Buenos Aires, en medio de una huelga general, se sucedieron las manifestaciones y choques callejeros, con muertos y heridos. Pero su resultado fue distinto: a diferencia de lo que ocurriría en 1919, en 1909, y por primera vez, un gobierno nacional se vio obligado a negociar en pie de igualdad con las centrales sindicales y a aceptar las exigencias de los obreros⁵¹.

La Semana Roja fue seguida por un incremento en el número de huelgas, y a fines de 1909 una bomba terminó con la vida del jefe de Policía, el coronel Ramón Falcón, que había comandado las acciones policiales en la huelga de inquilinos y en mayo de 1909. Pero al año siguiente, en que el “espíritu patriótico” de las clases dominantes se exa-

50 Realizada contra el aumento de alquileres en los conventillos, se extendió desde la Capital Federal a Lomas de Zamora, Avellaneda, Rosario, Bahía Blanca, Mar del Plata, La Plata y Mendoza, movilizando a lo largo de cuatro meses a 140.000 personas, con manifestaciones y choques callejeros con la policía.

51 Frydenberg; Julio y Ruffo, Miguel; *La Semana Roja de 1909*; Buenos Aires, CEDAL, 1992; vol. 1 y 2.

cerbó por el Centenario de la Revolución de Mayo de 1810, las luchas de la clase obrera fueron contenidas con una intensificación de las acciones policiales y parapoliciales, el apresamiento de militantes y el ataque e incendio de las sedes de los periódicos obreros y locales sindicales, fueran anarquistas, socialistas o sindicalistas revolucionarios, llevadas a cabo por estudiantes universitarios, encabezados por conocidos dirigentes políticos y funcionarios policiales, al grito de “¡Viva la patria!”, “¡Viva la burguesía!”, “¡Mueran los obreros!”, en Buenos Aires, La Plata y Rosario, al tiempo que el Congreso Nacional aprobaba la ley de Defensa Social que reforzaba la ley de Residencia, imponía la pena de muerte y prohibía las organizaciones y propaganda anarquistas⁵².

Desde el régimen de dominación se implementaron dos políticas hacia la clase obrera que pugnaba por organizarse: el ataque frontal, no sólo mediante el uso de la fuerza estatal y la criminalización de la lucha obrera (leyes de Residencia y de Defensa Social) sino también en forma directa (por ejemplo, en los “festejos” del Centenario de la Revolución de Mayo); pero también la incorporación al sistema, mediante la legislación que apuntaba a reglamentar las relaciones laborales y las organizaciones obreras (proyecto de Código del Trabajo de 1904). Ambas políticas fueron implementadas por los gobiernos conservadores que rigieron el país hasta 1916, y tuvieron continuidad, como veremos, en el gobierno radical instaurado en esa fecha. La ley de Residencia de 1902 y la Ley de Defensa Social de 1910, dirigidas a reprimir la militancia obrera, especial aunque no exclusivamente anarquista, fueron complementadas por los intentos de legislar sobre las relaciones laborales en el fallido Código del Trabajo de 1904, rechazado tanto por las organizaciones obreras como patronales. Sin embargo estos instrumentos, lo mismo que el uso directo de la fuerza armada contra los trabajadores resultaban insuficientes para impedir la lucha obrera.

Simultáneamente, y desde la última década del siglo XIX no era sólo la naciente clase obrera la que debía enfrentar al sistema institucional político establecido, del que estaba excluida, para hacer presentes sus in-

52 Iñigo Carrera, Nicolás; “Aproximación al análisis del Centenario como hito en la historia de la confrontación social argentina”; en Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA), *Documentos y Comunicaciones 2011/12*; Buenos Aires, 2014, pp. 85-141

tereses como clase social. Fracciones burguesas creadas por el desarrollo capitalista o transformadas por él, que tampoco encontraban cabida en el sistema político, conformaron la Unión Cívica Radical, de base popular, con el reclamo de moralidad pública y efectivización del sufragio universal y libre⁵³. Impedido de ganar las elecciones por el fraude sistemático aplicado por los gobiernos conservadores, el radicalismo intentó llegar al gobierno mediante levantamientos armados, que fueron derrotados en 1893 y 1905. La imposibilidad de mantener un sistema político que negaba cabida a expresiones políticas burguesas y obreras con existencia real en la sociedad obligó a la clase dominante a ampliarlo mediante una nueva ley electoral, puesta en vigencia en 1912, que garantizó la posibilidad del acceso al parlamento, e incluso a la presidencia de la Nación, de los partidos populares hasta entonces excluidos: la Unión Cívica Radical y el Partido Socialista. El primero, que pronto se demostró ampliamente mayoritario, incluía a fracciones burguesas y asalariadas, y cuando llegó al gobierno en 1916, impulsó una política de negociación y conciliación ante las luchas económicas de algunas fracciones obreras; el segundo, directamente vinculado a una parte del movimiento obrero, y que privilegiaba la lucha electoral y la acción política legal, lo que no fue obstáculo para que su periódico fuera clausurado varias veces (1902, 1904) y sus locales destruidos (1907, 1910), logró obtener representación parlamentaria y algunos gobiernos municipales; hacia fines de la década y en la de 1920 tuvo la mayoría de diputados por la Capital Federal, los dos senadores del distrito y diputados en otras provincias.

Desde 1891 las organizaciones sindicales habían procurado agruparse en federaciones, que sólo a partir de 1901 pudieron tener continuidad, no exenta de fracturas y reunificaciones. Este proceso culminó en 1914-15, con la momentánea unión de anarquistas, sindicalistas y socialistas en el IX Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina, que tenía como sindicatos más importantes a la Federación Obrera Ferrocarrilera, La Fraternidad (maquinistas ferroviarios) y la Federación Obrera Marítima, los que, junto con los que agrupaban a estibadores y conductores de carros, podían paralizar el comercio interno y externo. La

53 Gallo, E. y Sigal, Silvia; *La formación de los partidos políticos contemporáneos*; en DiTella, Torcuato y otros; *Argentina, sociedad de masas*; Buenos Aires, Eudeba, 1965.

incorporación de los sindicalistas revolucionarios y los socialistas en el IX Congreso de la FORA convirtió a ésta en la más poderosa organización obrera del período, a pesar del inmediato retiro de quienes sostenían las banderas del comunismo anárquico, levantadas en el V Congreso de la Federación, y que pasaron a ser conocidos como FORA (V Congreso). La central mayoritaria fue conocida como FORA IX Congreso, en la que, junto con sus principales sindicatos, el gobierno radical encontró un interlocutor: cuando, apenas iniciado el nuevo gobierno radical los obreros marítimos se declararon en huelga, con apoyo de la FORA IX, el presidente Yrigoyen propuso su mediación y retiró las tropas movilizadas en el puerto; lo mismo ocurrió al año siguiente durante las huelgas ferroviarias.

En la segunda mitad de la década de 1910 quedó superada la crisis económica desatada en 1913, que había traído un fuerte aumento de la desocupación. La situación económica más favorable, junto con las nuevas condiciones políticas que había traído la llegada de Yrigoyen al gobierno, se manifestaron en un incremento del movimiento huelguístico⁵⁴. Algunos gremios conquistaron la semana de 44 horas de trabajo, lograron aumentos de salarios y, unos pocos, mejoras en las condiciones de trabajo. La lucha económica por intereses inmediatos de las fracciones obreras mejor posicionadas por su capacidad de afectar la actividad económica, comenzó a penetrar en el sistema institucional político y ju-

54

Año	Nº de Huelgas	Nº de Huelguistas
1910	298	18.806
1911	102	27.992
1912	99	8.992
1913	95	23.698
1914	64	14.137
1915	65	12.077
1916	80	24.321
1917	138	136.062
1918	196	133.042
1919	397	308.967
1920	206	134.015
1921	86	139.751

Fuente: Rotondaro, Rubén; *Realidad y cambio en el sindicalismo*; Buenos Aires, Pleamar, 1971; p. 98; con datos del Departamento Nacional del Trabajo; Boletines.

110

rídico, y una parte de los obreros y otros asalariados empezaron a desarrollar sus conflictos en ese ámbito. El movimiento obrero, recuperado del ataque sufrido en el Centenario y fortalecido por la superación de la crisis económica, vio aumentar el número de trabajadores organizados: su central más poderosa, la FORA (IX), pasó de 21.332 cotizantes en 1915 a 476.203 en 1920⁵⁵; y aunque el 76% de sus afiliados estaba en la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires, y el resto se localizaba principalmente en Santa Fe, Mendoza, Córdoba y Entre Ríos, tuvo presencia en casi todo el país.

El mayor grado de unidad de los cuadros obreros, expresado en la FORA IX, y el mayor grado de alianza con otras fracciones sociales, cuya expresión más evidente fue la relación establecida entre esa organización sindical y el gobierno nacional, son indicadores del momento ascendente que recorría la lucha de la clase obrera, que alcanzó su punto culminante en la Semana de Enero de 1919, en que esa tendencia se revirtió. Porque cuando el movimiento huelguístico se desarrolló, tanto en extensión como en profundidad, encontró los límites del régimen social vigente, del cual el gobierno es expresión política. La llamada “Semana Trágica”, las huelgas en La Forestal (Santa Fe), la Patagonia y Las Palmas (Chaco), derrotadas en los primeros años de la década de 1920 mediante el uso de la fuerza armada del estado, con la ayuda de civiles armados, lo mismo que el movimiento indígena de Napalpí en 1924, son ejemplos de la política del gobierno radical cuando el movimiento huelguístico alcanzaba a fracciones proletarias del campo o salía de la mera lucha reivindicativa inmediata para cuestionar, en los hechos, el orden establecido.

La Semana de Enero sin duda constituye un hito en el desarrollo de la clase obrera argentina. En ella alcanzó su punto más alto el ciclo de luchas de la clase obrera caracterizado por la confrontación librada por fuera y contra el sistema institucional⁵⁶: a la derrota de la huelga general de junio de 1921 siguió un momento de descenso de la lucha obrera, que fue aislada por otras fracciones sociales.

En este primer ciclo de la historia de la clase obrera argentina, en directa relación con el desarrollo del capitalismo predominantemente en

55 Memoria y Balance de la FORA, citado en Bilsky; op. cit.; p.24.

56 Iñigo Carrera, Nicolás; *La estrategia de la clase obrera. 1936*; op. cit.; p. 29.

extensión, la lucha de los obreros constituyó y legitimó su organización sindical, y emergió la estrategia que tiene como meta la incorporación al sistema social vigente, que predominó hasta las décadas de 1960 y 1970.

Descripción del hecho

En primer lugar debe señalarse que los hechos de la Semana de Enero no se limitaron a la ciudad de Buenos Aires, aunque, sin duda, fue lo ocurrido en esta ciudad lo que le dio su condición de hito en la historia de la clase obrera argentina. Sin embargo, y frente a la confluencia de vertientes historiográficas liberales y nacionalistas que coinciden en afirmar la inexistencia de un movimiento obrero fuera de Buenos Aires y Rosario antes de la década de 1940, es necesario enfatizar la extensión territorial de una de las formas de lucha que conformaron el hecho investigado: la huelga. En Rosario la huelga comenzó el día 11 y se extendió por tres días, con choques callejeros entre manifestantes y policías hasta el 17. En la ciudad de Santa Fe pararon los ferroviarios y los municipales y hubo choques con la policía, lo mismo que, en la noche entre el 13 y el 14, en Cruz del Eje (Córdoba), Añatuya (Santiago del Estero), Cañada de Gómez (Santa Fe) y otros centros ferroviarios donde también se produjeron ataques obreros a coches e instalaciones ferroviarias. El 13 la Federación Obrera de la Provincia de Córdoba declaró la huelga general en solidaridad, que se extendió hasta el 14. Hubo también huelga en Avellaneda, Mar del Plata, Tucumán, Salta, Bahía Blanca, Campana, Luján, Zárate, General Pintos, Balcarce, San Nicolás y San Pedro⁵⁷.

Pero Buenos Aires fue, sin duda, el epicentro, y allí centraremos nuestro análisis.

La huelga de los metalúrgicos y la primera matanza

En un momento de ascenso de las luchas obreras, al que ya hicimos referencia, los trabajadores de la empresa metalúrgica Vasena, organizados en el sindicato de Metalúrgicos Unidos, afiliado a la FORA V, se declararon en huelga el 2 de diciembre de 1918. Reclamaban la jornada laboral de 8 horas, un aumento de salarios, el pago de las horas extra, la

⁵⁷ Bilsky, op. cit., p 103. Godio, op. cit.; p. 49.

supresión del trabajo a destajo y la reincorporación de despedidos por actividad sindical. Vasena, de buena relación con el partido gobernante, la Unión Cívica Radical⁵⁸, respondió organizando una guardia privada y contratando rompehuelgas, para los que, además, consiguió permiso para llevar armas y alojó dentro de las instalaciones de la empresa. El 3 y 4 de enero hubo choques armados entre huelguistas y policías, en los que resultó herido un cabo de la policía de la Capital, que posteriormente murió. El 6 de enero ya se habían plegado a la huelga 2.500 trabajadores a los que ese día se unieron los capataces.

Simultáneamente, pero en un conflicto independiente del de los metalúrgicos, el 7 de enero, y ante el rechazo de un pliego de demandas presentado ante sus patrones, la Federación Obrera Marítima (FOM) declaró la huelga de los trabajadores marítimos, que tuvo un acatamiento total⁵⁹.

A la tarde de ese mismo día un grupo de rompehuelgas salió conduciendo una caravana desde los depósitos de Vasena con destino a la fábrica. Los huelguistas intentaron impedir su paso y se produjo un tiroteo de dos horas a lo largo de 600 metros, en el que intervinieron también policías y bomberos armados con fusiles máuser. De resultados del choque armado quedaron cuatro muertos y cuarenta heridos, en su mayoría vecinos del barrio de Parque Patricios, donde estaban localizados los depósitos, así como tres policías con heridas leves⁶⁰. El movimiento obrero fue sacudido por una ola de indignación. El mismo día 7 el sindicato Metalúrgicos Unidos declaró la huelga, y esa noche, la FORA V comenzó a convocar a la huelga general. También se declararon en huelga los obreros del calzado, de ebanistería y de los alrededores de los Talleres Vasena⁶¹. El Partido

58 El senador radical Leopoldo Melo era abogado de la empresa (Bilsky; op. cit., pp. 57-58).

59 Romariz (op. cit.; pp. 82 - 87) describe la situación de parálisis absoluta en la ribera de la Boca y en el local de la FOM, donde había un gran número de trabajadores, “[...] en su mayoría correntinos, quienes cuchicheaban en guaraní sin dejar un solo instante de mirarnos”, con “evidente [...] resolución de resistir cualquier orden de despejar o abandonar el local que pudiéramos impartirles”; la patrulla policial optó por retirarse.

60 Bilsky (op. cit.; p. 63) recoge la versión de que la actitud de la policía estuvo signada por el deseo de vengar al cabo de ese cuerpo, muerto a raíz del choque armado del día 4.

61 Marotta, Sebastián; *El movimiento sindical argentino*; Buenos Aires, Lacio, 1961; p. 241.

Socialista hizo pública una declaración responsabilizando a “las fuerzas del gobierno” por “la masacre de obreros”⁶². Y el diario socialista *La Vanguardia* evaluó que “lo ocurrido autoriza a pensar que la policía obraba de acuerdo con un plan preparado para hacer un escarmiento en la población, por las simpatías que demuestra hacia los obreros, y someterla al terror”⁶³.

El jefe de la Policía de la Capital y el Departamento Nacional del Trabajo intervinieron entonces ante Vasena, pero el empresario, a pesar de la presión del gobierno, sólo ofreció un aumento de sueldos inferior al reclamado y se negó a recibir a representantes de los obreros aduciendo que entre ellos había personas que no trabajaban en su empresa; pidió, en cambio, mayor protección policial y se reunió con la dirección de la Asociación Nacional del Trabajo, organización formada con participación y apoyo empresarial para combatir las huelgas obreras⁶⁴, que, a su vez, obtuvo del ministro de Marina el compromiso de garantizar la “libertad de trabajo” frente a la huelga de FOM. Los legisladores conservadores, opositores al gobierno de la UCR, denunciaron en el parlamento la falta de represión por parte del gobierno. El Centro de Navegación Transatlántica, formado por 42 empresas extranjeras, declaró el lock-out: el puerto y la navegación quedaron paralizadas.

El día 8 comenzó a extenderse la solidaridad con los obreros de Vasena y el repudio a la matanza del día anterior. Una asamblea de

62 *La Vanguardia*; 8/1/1919; p. 2. El diario volvió a calificar de “masacre de obreros” a los hechos del día 9 que relataremos más adelante (*La Vanguardia*; “La unánime protesta del pueblo de la capital contra las masacres de obreros y la prepotencia capitalista”; 10/1/1919; p. 1).

63 *La Vanguardia*; “La huelga en la casa Vasena”; 8/1/1919; p. 1.

64 La ANT fue fundada en mayo de 1918 en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires y formaron parte de ella organizaciones corporativas empresarias y empresas: la Sociedad Rural, la Unión Industrial Argentina, la Asociación de Exportadores de Cereales, el Centro de Navegación Transatlántica, el Mercado Central de Frutos, la Bolsa de Cereales, el Centro de Cabotaje, la Asociación de Transportistas Portuarios, Importadores de Carbón, Exportadores de Lana, la Cámara de Comercio, la Asociación de Consignatarios, el Ferrocarril Central Argentino, el frigorífico La Blanca, la Compañía Anglo-Argentina de Tranvías, la Compañía Italiana de Electricidad. Su objetivo fue oponerse a las huelgas y a los sindicatos invocando la libertad de trabajo, y también al gobierno radical que, según ellos, no cumplía adecuadamente con esas metas. (Cfr. Rock, David; *El radicalismo argentino, 1890 - 1930*; Buenos Aires, Amorrortu, 1977; pp. 163 - 164. También Bilsky; op. cit.; p. 44. Rapalo, María Inés; *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria. 1918-1930*; Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2012).

la FOM decidió limitar su huelga a las empresas donde no se hubiera firmado el acuerdo, pero se solidarizó con los obreros de Vasena, por lo que la huelga se extendió del puerto de Buenos Aires a los de La Plata, Santa Fe y Rosario, recibiendo la solidaridad de la Federación Obrera Ferrocarrilera (FOF). La Federación de Obreros Metalúrgicos declaró una huelga de 24 horas para el día 9 y la Unión General de Obreros del Calzado, los curtidores, los toneleros, los tabaqueros, los tapiceros, los constructores de carros y los molineros, todos sindicatos afiliados a la FORA IX, declararon su solidaridad con los huelguistas de Vasena. Los sindicatos del calzado, la construcción, los choferes y los constructores navales, todos adheridos a la FORA V se declararon en huelga, y esa federación convocó a una huelga general para el día 9, al tiempo que sus militantes participaron de la manifestación que acompañó el entierro de uno de los muertos. También los sindicatos autónomos, no enrolados en ninguna de las dos FORA, llamaron a solidarizarse, y en el barrio donde se había producido el tiroteo una reunión de vecinos decidió cerrar los comercios e industrias en homenaje a los huelguistas y como protesta. El Partido Socialista, que brindó sus locales para el velorio de los muertos, convocó a participar del cortejo fúnebre y, en la Cámara de Diputados, sus representantes plantearon la interpelación al ministro del Interior, al tiempo que presentaban un proyecto de ley reconociendo a los sindicatos. Por su parte, esa noche, el Consejo Federal de la FORA IX -formado por siete sindicalistas revolucionarios, dos socialistas, dos socialistas internacionalistas y cuatro independientes- se solidarizó con los obreros de Vasena y apoyó sus reivindicaciones.

A pesar de que el día 8 transcurrió sin enfrentamientos en las calles, en los barrios obreros, como La Boca,

[...] la paralización del tránsito era absoluta. Muchos comercios tenían sus cortinas metálicas bajas y sus puertas cerradas; los escasos transeúntes, apuraban el paso con visible inquietud y únicamente los vendedores de diarios llenaban de gritos las calles con el pregón continuo de '¡Bandera Roja!⁶⁵, el único diario que aceptaban vender. Pero en las fuerzas policiales

65 Romariz; op. cit.; p. 87.

[...] se rumoreaba la posibilidad de que la huelga general se hiciera revolucionaria, con vistas a la toma del poder por los ‘soviets’ de obreros y soldados, ya constituidos y trabajando a tal efecto. Para esa misma barriada de la Boca, se decía que el ‘soviet’ local ya estaba integrado, con su respectivo ‘comisario’, un modesto comerciante de nacionalidad rusa, que posteriormente fue detenido”; y hasta se hablaba de que algunas “de las fuerzas armadas de la nación y de la policía [...] habían defecionado”⁶⁶.

El cortejo fúnebre y la segunda matanza

El 9, en los locales obreros se sucedieron las asambleas y se llamó a participar en el cortejo fúnebre que se realizaría a la tarde. La marcha del cortejo dio lugar a tres enfrentamientos importantes entre las tropas policiales y militares y los manifestantes: uno en el barrio de Parque Patricios, otro en el barrio de Almagro y el tercero en el cementerio de la Chacarita, a los que nos referiremos enseguida. En el resto de la ciudad los piquetes detenían a los transportes para hacer cumplir la huelga; alrededor de las 14 no quedaban más vehículos en las calles, e incluso los conductores de los tranvías, habitualmente remisos a protestar, fueron adhiriendo al paro. Los comercios cerraron sus puertas y muchos empleados se encontraron en la calle y sin poder volver a sus casas por falta de transporte. En los barrios obreros y populares hubo también distintas formas de manifestación, incluyendo francotiradores que disparaban contra la policía desde las ventanas o azoteas de conventillos y casas, aunque, como se verá en las descripciones que reproduciremos al caracterizar el hecho, estos tiroteos eran bastante aleatorios y circunstanciales. Se produjo, también, el desarme de un contingente de bomberos por parte de los manifestantes, y en otros hechos fueron desarmados policías; también fueron asaltadas varias armerías: los partidarios de la huelga buscaban pertrecharse.

Uno de los puntos donde se produjeron enfrentamientos en varios momentos del día, que finalmente culminaron con el ametrallamiento de los manifestantes por tropas de la policía y del ejército, fue en el barrio de Parque Patricios, frente a los Talleres Vasena⁶⁷. Grupos de obreros

66 Ídem.

67 El comisario Romariz (op. cit.; p. 106) no vacila en calificar el hecho como “masacre”, aunque intenta desligar a la policía y al ejército atribuyendo el ametrallamiento a

se fueron reuniendo en un local cercano del PS, donde se velaba a algunos de los muertos del día 7, y en el local de los Metalúrgicos Unidos; piquetes que salieron de esos locales a difundir el llamado a la huelga general, invitaron a cerrar los comercios y pararon los medios de transporte, atacando a los tranvías; dos carros de la empresa Vasena fueron incendiados cerca del Riachuelo.

Al mediodía comenzó la manifestación de decenas de miles de obreros, mujeres y niños que acompañaban los restos de los muertos del 7. El cortejo estaba encabezado por la dirección de la FORA IX, junto con 150 hombres armados; los féretros eran llevados a pulso, en medio de la multitud, que recorrió los barrios obreros de Parque Patricios, Balvanera, San Cristóbal y Boedo. Las estimaciones sobre el número de manifestantes varían desde “doscientos mil obreros y obreras [que] acompañaron el cortejo fúnebre con demostraciones hostiles al gobierno y a la policía”⁶⁸ a “una muchedumbre de descamisados compuesta por unos veinte mil hombres” que formaban “una multitud exasperada”⁶⁹. Al pasar frente a los Talleres Vasena los custodios del establecimiento, guardias de la empresa y de la organización patronal Asociación Nacional del Trabajo (ANT)⁷⁰, dispararon contra la manifestación, dejando varios heridos, lo que dio lugar a que se generalizaran los enfrentamientos callejeros en el lugar: aunque el grueso del cortejo siguió su marcha, otros manifestantes rodearon la fábrica e incendiaron los depósitos de madera y carbón y uno de los talleres. Un oficial de policía fue apuñalado y comenzaron a levantarse barricadas con carros y adoquines mientras se agolpaban manifestantes en los portones de la fábrica. En el establecimiento estaban reunidos los

los guardias de la fábrica. Sin embargo, el mismo parte oficial de la policía, sintetizado por él, atribuye la matanza a las tropas mandadas por el gobierno (Romariz; op. cit.; p. 111). Curiosamente el parte de esta comisaría, la 20ª, sintetizado por Romariz, no está incluido en el libro de Rivanera Carlés.

68 Abad de Santillán, Diego; *La Fora*; Buenos Aires, Libros de Anarres, 2005; p. 251.

69 Ibarguren, Carlos; *La historia que he vivido*; Buenos Aires, Peuser, 1955; p. 341.

70 El jefe de la comisaría seccional, Juan Clímaco Toranzo, describió así a los parapetados dentro de la fábrica: “En las azoteas de los galpones de la fábrica, de trecho en trecho, se hallaban apostados ocultos, no sólo obreros que no se habían plegado a la huelga, sino algunos matones e individuos de avería, contratados por los dueños para defenderlos, resguardar el establecimiento y ‘liquidar’ a los dirigentes del movimiento. [...] munidos de armas largas y hasta de ¡ametralladoras! [...]” (Romariz; op. cit.; pp. 109 – 110).

directores argentinos e ingleses de la empresa con los directivos de la ANT, que, sitiados, pidieron ayuda y refuerzos al gobierno e, incluso, al embajador inglés⁷¹. El presidente Yrigoyen nombró jefe de la Policía de la Capital a Elpidio González, hombre de su confianza, que se presentó en los Talleres Vasena para intentar calmar a los obreros prometiendo una pronta solución, pero, mientras hablaba, piquetes de obreros quemaron su auto. A la tarde los manifestantes comenzaron a incendiar unos portones de la fábrica y balearon a los bomberos que intentaron apagar el fuego. Con la llegada de la policía y los bomberos se intensificaron los tiroteos, y fueron asaltadas algunas armerías cercanas. Acudieron entonces tropas del Ejército, movilizado por orden del gobierno desde comienzos de la tarde, y a las 18, soldados del regimiento 2º de infantería abrieron fuego con ametralladoras pesadas durante una hora y media, dejando muchos muertos, entre ellos cinco niños⁷². Los tiroteos se prolongaron hasta las 20. En este hecho participaron, según las distintas fuentes periodísticas, entre 20.000 y 50.000 manifestantes.

Otro choque importante se produjo antes de que el cortejo fúnebre llegara al barrio de Almagro, cuando un piquete trató de detener un tranvía; los bomberos que lo custodiaban dispararon contra la multitud que respondió incendiando el tranvía; en esas circunstancias un muchacho, creyendo que los tiros provenían del convento ubicado en Corrientes y Yatay comenzó a apedrearlo, a lo que, desde el convento respondieron a

71 Tanto socialistas como anarquistas denunciaron el peso de las presiones británicas en la decisión del gobierno radical de utilizar la fuerza armada del estado contra los obreros movilizados. David Rock hace referencia a la presión de las empresas extranjeras, en particular británicas, contra el gobierno, por su política laboral, así como a las amenazas que hizo el embajador inglés de suspender los acuerdos sobre la venta de la cosecha de cereales si el gobierno no acababa con las huelgas en las compañías inglesas (Rock; David; op. cit.; p. 161). Bilsky hace referencia, remitiendo a documentación del Archives Diplomatique du Ministère des Affaires Etrangères, a un bloqueo comercial al puerto de Buenos Aires impulsado por Gran Bretaña con participación de EEUU y Francia (Bilsky; op. cit.; p. 136).

72 Romariz (op. cit.; p. 114) da la cifra de 28 muertos, treinta heridos de bala identificados por la policía y muchos otros que eludieron el control policial. Bilsky (op. cit.; p. 87) estima en alrededor de veinte los muertos y cita el testimonio del agregado militar de la embajada francesa, informado por un oficial argentino sobre dos secciones de ametralladoras que dispararon ininterrumpidamente durante más de una hora y media sobre la multitud (Bilsky; op. cit.; pp. 71-72).

balazos; la multitud, entonces atacó e incendió la iglesia; los manifestantes asaltaron una armería cercana; en esos momentos llegaba al lugar el cortejo fúnebre y se produjo un tiroteo de más de una hora con los bomberos y policías que intentaban dispersar a los manifestantes, que según el informe oficial de la Seccional 11^a de la policía, eran “una masa de gente que no bajaba de cuatro a cinco mil personas”⁷³. El cortejo continuó su marcha y hubo otros choques, entre ellos un tiroteo en los alrededores de la comisaría 21^a, que dejó cinco manifestantes muertos y numerosos heridos.

Finalmente alrededor de las 19 la cabeza de la manifestación entró en el cementerio de la Chacarita. Apenas habían comenzado los discursos cuando las tropas del Regimiento de Granaderos a Caballo y policiales que rodeaban el cementerio parapetados en sus muros, abrieron fuego contra los manifestantes, matando a muchos. *El Diario*, informó que “el gobierno habría dado la orden ‘de que la manifestación quede disuelta en el cementerio, tras el discurso del Sr. Zaccagnini. Se hará terminantemente, cueste lo que cueste, a fin de prevenir atentados y desórdenes’”⁷⁴; Bilsky concluye que “los sucesos de Chacarita responden a la voluntad del gobierno de ‘dar una lección’ y de montar una nueva provocación”⁷⁵. Varias fuentes estimaron los muertos en alrededor de 20, aunque otras sólo registraron 3; la policía admitió 12; y hubo decenas de heridos⁷⁶. Después, los disturbios, ataques a policías y choques callejeros se extendieron por la ciudad, mientras los manifestantes enardecidos se retiraban del barrio de Chacarita.

73 Informe del subcomisario Ángel J. Minorini; reproducido en Rivanera Carlés; op. cit.; p. 350. Ese informe oficial dice que “es completamente imposible [...] determinar [...] la forma cómo empezaron los hechos”.

74 Bilsky; op. cit, p. 73. Zaccagnini era un dirigente socialista.

75 Como bien señala Bilsky (op. cit, pp. 72-73) “la movilización de una parte del regimiento que se supone garantiza su protección [del gobierno], para enviarlo al otro lado de la ciudad, donde todavía no se habían producido enfrentamientos de envergadura, mientras que en el centro de la ciudad -mucho más cerca de la casa de Gobierno- los tiroteos se suceden”, “muestra la voluntad de reprimir”.

76 Curiosamente, según reconoce Rivanera Carlés (op. cit.; p.120), no existe un informe policial sobre este hecho. El relato elevado al jefe de Policía por el comisario de la seccional 21^a, a cuya jurisdicción correspondía el cementerio de Chacarita, describe varios choques callejeros y un intento de asalto a esa comisaría (Rivanera Carlés; op. cit.; p. 370), probablemente después de la dispersión del acto en el cementerio, pero no aparece una palabra sobre la disolución a balazos del acto en el cementerio.

Esa noche, el Consejo Federal de la FORA IX convocó a la huelga general, en repudio a las masacres policiales. El PS decidió seguir las resoluciones que tomaran los sindicatos, recomendó prudencia a los trabajadores y amenazó con convocar a la autodefensa, lo que finalmente no hizo. En el Congreso, las bancadas opositoras, socialistas y conservadores, no lograron ponerse de acuerdo para interpelar al ministro del Interior.

Mientras tanto, durante la noche y la mañana siguiente, tropas de la 2ª División del Ejército, con asiento en Campo de Mayo, comandadas por su jefe, el general Luis J. Dellepiane, avanzaron sobre Buenos Aires⁷⁷. Se concentraron en Buenos Aires 10.000 efectivos de la policía, bomberos, soldados y marineros bajo el mando de Dellepiane, que instaló su comando en el Departamento Central de Policía.

La huelga general y las acciones callejeras armadas

El 10 la huelga se extendió al interior del país, a lo que ya hemos hecho referencia, y Buenos Aires amaneció paralizada por la huelga, que superó todas las previsiones, incluso las de los anarco comunistas. Más sindicatos hicieron pública su adhesión a la huelga y en las calles de la ciudad, piquetes de huelguistas impidieron el paso de vehículos, incluso particulares, algunos de los cuales fueron incendiados. Para poder circular, los vehículos que transportaban muertos o heridos llevaban una insignia roja que oficiaba como autorización extendida por la FORA IX⁷⁸. El único medio de transporte que funcionaba era el ferrocarril, hasta que la FOF declaró la huelga el día 11. Comenzaron a faltar los alimentos y piquetes de huelguistas recorrieron los negocios impidiendo que acaparasen productos o aumentasen los precios, obligándolos a vender a un precio justo o expropiando las mercaderías⁷⁹. Se produjeron, entonces,

77 La intervención del general Dellepiane ha dado lugar a alguna polémica sobre el grado de responsabilidad del presidente Yrigoyen en la decisión de utilizar la fuerza armada del estado para atacar a los trabajadores. Dellepiane había sido jefe de la Policía de la Capital después de la muerte de Falcón, en 1909. Tanto Bilsky como Rivanera Carlés, desde perspectivas totalmente contrapuestas, consideran que Dellepiane actuó por propia iniciativa. Bilsky (op. cit.; p.74) considera, aunque sin mayores pruebas, que hubo un posible complot militar para deponer a Yrigoyen.

78 Bilsky; op. cit, p. 77.

79 *La Razón* 11/1/19, p. 4; citado en Bilsky; op. cit, p. 77.

muchas acciones contra comerciantes. Al final de la tarde y durante la noche hubo numerosos choques callejeros entre patrullas de policías y soldados con los huelguistas que intentaban detener vehículos o destruir el alumbrado público o instalaciones de agua corriente; hubo algunas barricadas, pero la mayoría de los tiroteos se produjeron por ataques de la policía o civiles armados que se oponían a la huelga, a los que nos referiremos en el siguiente punto. Piñero describió así los tiroteos:

[...] elementos agitadores actuaron como franco tiradores, realizando descargas de armas, ocultos en los balcones y azoteas. En muchos casos, al pasar una patrulla, les hacían disparos a mansalva, sin presentar blanco bien visible, cuya acción motivaba tiroteos, algunos al azar, al no poder los integrantes de la patrulla, descubrir con precisión el lugar desde el cual se les hacía fuego, aunque en muchas de esas acciones, al lograr avistarlos, fueron muertos de un tiro certero o se lograba ponerlos en fuga. [...]. Sin embargo, no debemos atribuir exclusivamente a los francotiradores, el acto de descargar sus armas, para mantener el estado de alerta. Esas acciones, las llevaron a cabo también, en muy pocos casos, y con falta de sentido común, por cierto, algunas fuerzas de represión. Sólo citaremos dos de estos hechos, a fin de ilustrar a este respecto. En las calles Corrientes y Pueyrredón, un Sub Teniente del Escuadrón de Seguridad, a cargo de una patrulla de diez hombres, sin ton ni son, hacía disparar a sus subordinados con sus carabinas, tiros al aire a los cuatro vientos. Uno de los proyectiles, penetró a un dormitorio de un tercer piso de una finca vecina, motivando ello, que uno de sus ocupantes, se comunicara por teléfono con el Comisario seccional, a quien impuso de lo que ocurría, cuyo funcionario, puso término a este modo de desperdiciar los proyectiles, por parte del citado oficial. El otro, tuvo lugar en la calle Almirante Brown, frente al paredón de Casa Amarilla, donde un Teniente del Ejército, a las veintitrés horas, ponía en funcionamiento una ametralladora contra dicho paredón, por el mero placer de causar inquietud en el vecindario⁸⁰.

80 Piñero; op. cit.; pp. 47-9.

Este tipo de hechos ocurrieron en barrios como Parque Patricios, Barracas, Nueva Pompeya, Constitución, La Boca, Villa Crespo, Caballito y Chacarita, donde era mayoritaria la población obrera, o donde ésta estaba mezclada con población de pequeña burguesía pobre, como San Cristóbal, Balvanera y Almagro; en los barrios donde predominaban capas un poco más acomodadas, como Flores, baluarte de la UCR, hubo pocos enfrentamientos, y entre sus habitantes hubo quienes se alistaron como auxiliares de la policía⁸¹. El diario *La Prensa* publicó que treinta personas armadas con revólveres habían intentado tomar el Regimiento 8, asentado en Campo de Mayo⁸².

En la noche del 10 hubo también tiroteos en el Departamento Central de Policía, en el Correo Central y en varias comisarías. En el Departamento Central, después de unos disparos de origen incierto, que *La Vanguardia* atribuyó a “un grupo de personas [que] fue detenido a balazos frente al departamento de policía” y contestó “la agresión”⁸³ o que quizás provenían de otras tropas que atacaban a personas reunidas en la cercana Plaza del Congreso, como plantea Bilsky, o de algún francotirador, como dice Piñero⁸⁴, o “no se sabe disparados por quién”, como asegura Romariz⁸⁵, se dio la alarma, se cortó la energía eléctrica en el edificio y en medio de la oscuridad se generalizó un tiroteo entre las mismas tropas allí concentradas:

81 Bilsky; op. cit, p. 82.

82 No contamos con más información sobre este hecho que, en caso de haberse producido sería el único ataque a una unidad militar.

83 *La Vanguardia*; 11/1/1919; p. 1.

84 “[...] se pudo establecer luego, que se pretendía tomarlo por asalto, pues se habían formado cantones en las azoteas de una fonda establecida frente a la entrada principal del Departamento y en otras casas correspondiente a las cuatro esquinas del mismo, desde cuyos lugares, gente armada descargaba sus armas contra el edificio. Durante el tiroteo del Departamento, fueron detenidas muchas personas, algunas de las cuales, ya habían logrado saltar la verja del jardín de la calle Sáez Peña, cuyas detenciones estuvieron a cargo del Comandante de Bomberos Juan J. Graneros, con soldados del mismo cuerpo” (Piñero; op. cit.; p. 55). Según Piñero el tiroteo en Plaza Congreso se produjo cuando tropas del Escuadrón 8 de Caballería, que iban a socorrer al Departamento Central, fueron atacadas por grupos que se hallaban entre “un elevado número de insurrectos” reunidos en dicha plaza (Piñero; op. cit.; pp. 55-56).

85 Romariz; op. cit.; p. 141.

Al sonar los primeros tiros, no se supo disparados por quién, uno de los sargentos de servicio, por propia determinación, corrió a tablero de las llaves de luz y las cerró, dejando a oscuras a todo el edificio, es decir a todo el Departamento Central de Policía. La batahola se hizo entonces infernal. Los agentes corrían desesperadamente haciendo fuego al aire; los oficiales al salir de las oficinas para asumir el mando de sus secciones y no obstante sus voces de mando, tenían que volver a refugiarse en el casino, dormitorios, etc., pues no sólo les era imposible dominar el tumulto, sino que hasta se veían en peligro de ser muertos por las balas que disparaban en todo sentido las tropas dominadas por el pánico. No cabe duda que entre los hombres acuartelados de la policía, había algunos comprometidos en la revuelta o de ideas extremistas. Y lo prueba el hecho de que al apagarse las luces, conjuntamente con el estruendo de los disparos se oyeron algunos vítores al maximalismo, a sus líderes y a la Revolución social. Por otra parte al alumbrar el nuevo día en los pisos de los corredores se hallaron diseminados panfletos sediciosos de marcado tinte izquierdista⁸⁶.

El supuesto ataque al edificio del Correo Central fue producto de una confusión de las tropas allí acuarteladas que, según la información del diario *La Prensa*, mataron a un empleado jerárquico de esa repartición⁸⁷. Hubo, en cambio, ataques a varias comisarías seccionales en las noches del 9 al 13. Rivanera Carlés⁸⁸ reproduce parcialmente los partes de 25 comisarías seccionales y en 10 de ellos hay referencias a intentos de ataque a las sedes de las comisarías y en otros 2 se informa que fueron tiroteadas. La policía y la prensa burguesa presentaron estos ataques como importantes, pero muchos fueron desmentidos por la prensa obrera e incluso, como se verá más adelante, por policías como Romariz, aunque tampoco parece acertada la casi absoluta negación de los ataques que hace Bilsky⁸⁹.

86 Romariz; op. cit., p. 142.

87 Lo mismo dice *La Vanguardia*, 11/1/1919, p. 1.

88 Rivanera Carlés; op. cit.; pp 327 – 413.

89 Bilsky; op. cit, p.79-80.

La "caza del hombre"⁹⁰ y la matanza dispersa

El día 10 comenzó la contraofensiva desde el régimen de dominación y desde el gobierno contra la clase obrera movilizada⁹¹. En la noche de ese día se produjeron, como ya vimos, los tiroteos en el Departamento Central de Policía, en el Correo y en varias comisarías, pero también comenzaron, y continuaron el 11, los allanamientos masivos de locales obreros, de organizaciones de izquierda y de viviendas de militantes o desde las cuales las patrullas policiales y militares sospechaban que se las había atacado o insultado. Se multiplicaron también las manifestaciones callejeras con gritos de apoyo a la patria, a la policía y el ejército. Y las tropas recibieron orden de disolver toda manifestación que no fuese patriótica y de "Hacer fuego sin previo aviso a los revoltosos que se sorprendan levantando vías, produciendo incendio u otras depredaciones"⁹². En el Departamento de Policía, el general Dellepiane se dirigió a los jefes militares y policiales que lo acompañaban diciendo que

[...] si en el plazo de cuarenta y ocho horas no se restablece la normalidad y la situación se agrava, haré emplazar la artillería en la plaza del Congreso para atronar con los cañones la ciudad. Y el escarmiento será tan ejemplar que por cincuenta años nadie osará alzarse para perturbar la vida y la tranquilidad pública⁹³.

Muchos de los tiroteos en la noche del 10 se originaron en esos ataques llevados a cabo por la policía y los civiles armados en defensa del orden establecido. Los dos policías que han dejado escritos sus recuerdos de esos días señalan la drasticidad y, a la vez, la arbitrariedad de muchas de las acciones policiales y militares. Romariz, crítico de lo acontecido, lo describe así:

90 Esta es la denominación que da Bilsky (op. cit, p. 78) a ese momento de la Semana de Enero.

91 Algo semejante ocurrió en las provincias, sobre todo en los pequeños pueblos, donde la policía realizó detenciones masivas de militantes obreros, con el apoyo de grupos de civiles armados, integrados por jóvenes de familias de pequeños propietarios y elementos de los comités radicales, que, con total impunidad, utilizaron la violencia más extrema, según denunciaron los diarios obreros (Bilsky; op. cit.; pp. 108 – 109).

92 Romariz; op. cit.; p. 145.

93 Romariz; op. cit.; p. 143.

Se moría sin razón alguna. Se perdía la vida propia y se tronchaba la ajena, sin saber por qué. Rotos los diques de la disciplina social, quebrados los moldes jurídicos y olvidados los principios cristianos, ya nada tuvo freno; un gesto airado se sancionaba con un tiro; la orden perentoria no cumplida en el acto, se castigaba con una descarga de balas; los heridos se quejaban y desangraban ante la indiferencia general y los muertos no se entregaban a sus deudos, se les cremaba lisa y llanamente⁹⁴.

Pero también Piñero, que justifica lo ocurrido dada la situación, después de decir que muchas víctimas podrían haberse evitado si “las autoridades encargadas de la represión” hubieran tomado medidas que “habrían por su parte, evitado algunos errores o excesos en la misma”, afirma que:

No entramos a considerar [...] a este respecto, las extralimitaciones que en realidad, las ha habido en algunos casos. En unos, por falta de previsión o del valor sereno y del dominio de la situación en los momentos de actuación, y en otros, debido a excesos, por que no está en nuestro ánimo hacer una crítica en tal sentido⁹⁵.

Un caso paradigmático, denunciado en el diario socialista *La Vanguardia*, fue el asesinato de Paulina Viviani, de 13 años, que durante la irrupción a balazos de un grupo de soldados en una vivienda en el barrio del Mercado de Abasto (Balvanera), fue perseguida por un soldado, baleada y rematada a bayonetazos delante de su madre, lo mismo que otro joven de 21 años; el argumento oficial fue que la niña esgrimía una pistola⁹⁶.

Como ya se dijo, participaban de estas operaciones grupos de civiles armados en defensa del orden y/o del gobierno⁹⁷, que comenzaron a organizarse a partir del día 11, y que estaban integrados

94 Romariz; op. cit.; p. 168.

95 Piñero; op. cit.; pp. 66-67.

96 *La Vanguardia*; 12/1/1919; p. 2. *La Vanguardia*; 14/1/1919; p. 2. Bilsky (op. cit, p. 78) dice que el hecho dio lugar a una protesta del embajador italiano.

97 Hacemos esta distinción porque muchos de ellos era francos opositores al gobierno radical, al que acusaban de haber provocado la situación con su política “permisiva” frente al movimiento obrero.

[...] en su casi totalidad, por jóvenes imberbes, los que se presentaron, al arreciar los desórdenes en gran número, al Departamento Central de Policía, para secundar a la fuerza pública en defensa del orden. Por haberlo autorizado el Presidente Irigoyen, el general Dellepiane dispuso que [...] se proveyera a esos colaboradores de revólveres Colt. [...] Y con esas mismas armas de la nación, destinadas a garantizar la vida de sus habitantes [...] se les asesinaba sin conmiseración o se las usaba como medio intimidatorio para violar, vejar y saquear impunemente. [...]. Esta 'guardia blanca' [...] estableció su campo de operaciones en la zona céntrica [...]"⁹⁸

Estos grupos tenían varios orígenes, sin que pueda establecerse un límite preciso entre ellos. No era la primera vez que, frente a un conflicto obrero, los comités de la Unión Cívica Radical se ocupaban de reclutar y armar a sus adherentes y clientela política para operar contra los huelguistas⁹⁹ y así volvió a ocurrir en la Semana de Enero¹⁰⁰. El gobierno radical, a través del jefe de la Policía de la Capital, Elpidio González, también convocó a través de afiches y manifiestos publicados en los diarios en el que se llamaba "al elemento sano" a no alarmarse, a [...] la cooperación de los ciudadanos, por ineludible deber de patriotismo, a la acción de aquélla [la policía], no interrumpiendo

98 Romariz; op. cit.; pp. 169 - 170.

99 Por ejemplo en las recientes huelgas de los obreros de los frigoríficos de Zárate y Berisso, en 1917 (Cfr. Tarditi, Roberto J.; *Formación de una fracción de la clase obrera. Las huelgas de 1917 en los frigoríficos de Zárate*; Buenos Aires, PIMSA Documentos y Comunicaciones N° IV, 2000. Tarditi, Roberto J., *La huelga de 1917 en los frigoríficos de Berisso. Un hito en el proceso de formación de una fracción de la clase obrera*; Buenos Aires, PIMSA Documentos y Comunicaciones N° VII, 2003. Tarditi, Roberto J.; *La formación de la clase obrera. Alcances y límites en la organización sindical de los obreros de los frigoríficos durante la presidencia de Yrigoyen. Las huelgas de 1917 - 1918 en Avellaneda*; Tesis Doctoral - UBA).

100 El diario *La Argentina* informó que "ha sido enorme la actividad que se ha notado en estos días en los comités radicales, donde numerosas personas acudieron a ofrecer sus servicios para el caso de que ellos hicieran falta. Desde los aludidos comités se comunicó a las comisarías que las personas que deseaban cooperar al mantenimiento del orden, habían resuelto permanecer por la noche en los locales aludidos y así se organizaron muchos cantones [...]. Se calcula en casi dos mil personas que se han inscripto en los comités para actuar como policía civil en caso de que sean necesarios sus servicios" (*La Argentina*; 14/1/1919, p. 4; citado en Rivanera Carlés; op. cit.; p. 167).

sus actividades ordinarias, denunciando a los malos elementos, para que sufran la justa sanción a que su inicua conducta los hace acreedores¹⁰¹.

Pero, además,

En el comité del partido radical se recibieron ayer informaciones de varios comités seccionales, dando cuenta de que se habían presentado numerosos ciudadanos a ofrecer sus servicios para mantener el orden público en caso necesario. Por disposición de las autoridades del comité central se resolvió autorizar a los referidos comités para que gestionaran la inscripción de dichos ciudadanos en las comisarias de la sección correspondiente. El número de inscriptos se calcula en 1000 ciudadanos¹⁰².

Y “las grandes mansiones del Barrio Norte”¹⁰³, habitadas por la gran burguesía, mayoritariamente conservadora y opositora al gobierno de Yrigoyen, también aportaron a la formación de esos grupos, que, en ese mismo fin de semana, comenzaron a darse forma orgánica, formando el embrión de lo que sería la Liga Patriótica Argentina¹⁰⁴. El fervor antimaximalista, antia-

101 *La Prensa*; 11/1/1919 p. 6.

102 *La Nación* 14/1 p. 6. En los informes elevados por las seccionales policiales se hace referencia a los vecinos que, en algunos barrios, colaboraron con la fuerza armada del gobierno. En la seccional 6ª, por ejemplo, el Prosecretario de la Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires y “delegado parroquial” de la UCR, encabezó un grupo de más de 35 personas, entre ellas varios doctores, militares retirados y apellidos conocidos que patrullaron las calles a las órdenes de la policía. También se presentaron civiles voluntarios en las seccionales 16ª y 17ª. En la seccional 7ª un miembro de uno de estos grupos fue muerto durante el ataque a un local obrero. En otros informes policiales, como en el de la seccional 21ª, hay referencia a “manifestaciones patrióticas” acompañadas por la policía (Cfr. Rivanera Carlés; op. cit.; pp. 334 a 373).

103 Romariz; op. cit.; p. 169.

104 Estos jóvenes, organizados desde la guerra mundial en el pro aliado y antiyrigoyenista Comité Nacional de la Juventud, ofrecieron sus servicios al jefe de la Policía el día 10, pero fueron rechazados; el 11 se reunieron en el Centro Naval, donde recibieron instrucción militar del contralmirante Domecq García, y fueron arengados por el contralmirante O'Connor a atacar “a los rusos y a los catalanes en sus propios barrios” (Citado en Babini, Nicolás; “La Semana Trágica”; en Revista *Todo es Historia*; Buenos Aires, Año I, Nº 5, septiembre de 1967, p. 20). El día 12 más de mil hombres se habían inscripto como voluntarios en el Centro Naval (McGee Deutsch, Sandra; *Counterrevolution in Argentina. 1900-1932*; University of Nebraska, 1986; p. 77). La Liga Patriótica Argentina se formó el 20 de enero en una reunión en la que estuvieron representados el Centro Naval, el Círculo Militar, el Jockey Club, el Club del Progreso, el Yatch Club, la Asociación de Damas

narquista y en definitiva antiobrero, presentado bajo un discurso patriótico, y que se manifestó en la organización de civiles armados, fue azuzado por grandes diarios, como, por ejemplo, *La Nación* en su sección “Ecos del Día” del 13 de enero, que, con el título “Las enseñanzas del conflicto”, exhortó a repetir las manifestaciones patrióticas del Centenario, cuando grupos de estudiantes universitarios, encabezados por personalidades políticas y distinguidos caballeros, atacaron e incendiaron los locales y periódicos obreros¹⁰⁵.

Entre los locales atacados en la noche del 10 estuvieron los de la organización bundista Avangard y de otras organizaciones judías vinculadas al movimiento obrero, cuyas bibliotecas fueron destrozadas y golpeados quienes se encontraban en ellos. Los ataques de los “defensores del orden” se dirigieron entonces a los habitantes de los “barrios judíos” de Buenos Aires, sin discriminar si aquellos a los que atacaban adherían o no a organizaciones sindicales o políticas, y se extendieron entre el 11 y el 14 de enero. Todos los relatos, incluyendo los de los grandes diarios, hacen referencia a saqueos de viviendas y comercios, asesinatos, vejaciones y violaciones de hombres, mujeres y niños judíos, perpetrados por las manifestaciones “patrióticas”: “los actos de violencia asumieran en esa zona derivaciones de sádicos extravíos”, de los que también participaron al menos parte de la policía, que “se entregó a los mayores atropellos y desatinos, sin reparar en el sexo, edad o situación, de los que hacía sus víctimas inocentes”¹⁰⁶. El embajador francés informó a su gobierno que

La policía masacró de una manera salvaje todo lo que era o pasaba por ruso. Uno de los jefes del partido en el poder se jactó, en una reunión de 20 personas, de haber matado con sus manos unos 40. Los guardias blancos compuestos de aficionados, se distinguieron particularmente en la caza al hombre que duró dos o tres días enteros¹⁰⁷.

Patricias, los monseñores De Andrea y Piaggio e importantes empresarios, como Pedro Christophersen, y políticos, como Leopoldo Melo; Domecq García fue elegido presidente provisional de la Liga; después lo reemplazaría el ex diputado Manuel Carlés. Sobre la Liga Patriótica Argentina puede consultarse el muy completo libro de McGee, ya citado.

105 *La Nación* 14/1/19 p. 6.

106 Romariz; op. cit.; p. 169.

107 “Message au Ministre M. Pichon, del 14 de enero de 1919. Archives Diplomatiques

Piñero, en cambio, atribuye el ataque a los judíos a “fuerzas civiles de choque”¹⁰⁸.

Estos hechos han dado lugar a que, en ocasiones, se reduzca la Semana de Enero a un “pogrom”, como ocurre, por ejemplo, en la novela de Pablo R. Fihman *Oíd mortales el grito olvidado*¹⁰⁹, ocultando su contenido de clase y asignándole uno racial. La nota dirigida por el Comité de la Colectividad Israelita al gobierno, reproducida en Rivanera Carlés¹¹⁰, el manifiesto de ese Comité “deslindando responsabilidades con los sucesos”¹¹¹ y la incorporación en masa de la Liga Israelita Pro Argentinidad a la Liga Patriótica Argentina¹¹² muestran lo inexacto de esa caracterización.

Si bien este aspecto de lo sucedido en la Semana de Enero se originó parcialmente en el sentimiento antijudío de alguna parte de la población¹¹³, lo que impulsó a los vejadores fue claramente la defensa del orden social existente y de la propiedad. “Judío”, “ruso” y “maximalista” fueron identificados como una sola identidad, imagen difundida, incluso, por destacados personajes como el obispo y rector de la Univer-

du Ministère d’Affaires Etrangères de France. Amérique 1918-1940, sous série Argentine, 8”, citado en Bilsky; op. cit.; p. 127.

108 “Se formaron improvisadamente, al margen de los acontecimientos, fuerzas civiles de choque, compuestas por jóvenes, para combatir la rebelión marxista, las que asaltaron viviendas en los barrios donde predominaba la población rusa, a la que consideraron vinculada a los hechos que ocurrían, la que fue víctima principal de la exaltación de esos grupos”, hasta que Dellepiane “dirigió una circular telegráfica a los comisarios seccionales, a fin de que impidieran la intervención de esos grupos, como así también detenciones de ninguna clase, por personas que no fueran de la repartición [...]” (Piñero; op. cit.; p. 68).

109 Fihman, Pablo R.; *Oíd mortales el grito olvidado*; Buenos Aires, edición del autor, 1994.

110 Rivanera Carlés; op. cit.; pp. 245 – 247.

111 Bilsky; op. cit.; p. 126.

112 McGee, op. cit.; p. 82.

113 Romariz, por ejemplo, comienza su libro ocupándose de “la usura”, “la venta de alhajas” y “la venta de mercaderías por mensualidades” y otras actividades realizadas por “traficantes que, por rara y sugestiva coincidencia, eran, casi sin excepción, de raza israelita” y vincula “este dato” con “las derivaciones que tuvo en los sucesos de enero de 1919” (Romariz; op. cit.; pp. 16 – 21). Sin embargo, contrariando la imagen vulgar presentada por Romariz, los datos que brinda el Archivo Policial muestran que los judíos que denunciaron abusos eran, en su casi totalidad, artesanos u obreros y no comerciantes o prestamistas (Rivanera Carlés; op. cit.; pp. 236 – 243).

sidad Católica de Buenos Aires, Miguel de Andrea, que en prólogo de su libro *La perturbación social contemporánea* afirma que son pocos los socialistas que no son rusos¹¹⁴.

La gran mayoría de los judíos llegados a Argentina eran nacidos en Rusia, cuna de revoluciones desde comienzos de siglo y donde menos de dos años antes había triunfado la revolución encabezada por los bolcheviques. Y existía una activa militancia obrera entre los migrantes rusos¹¹⁵. Fue así que surgió la versión del “complot maximalista” o “complot ruso”, que los diarios conservadores *La Nación*, *La Razón* y *La Prensa*, y el radical *La Época*, así como personalidades como el Arzobispo de Córdoba, Bustos, que dio a conocer la pastoral “La revolución social que nos amenaza”, se encargaron de alimentar y difundir y que sirvió de justificación para la intervención del Ejército y la Armada y los allanamientos, encarcelaciones y asesinatos. En la madrugada del 11 fue apresado Pedro Wald, miembro de la redacción del periódico bundista *Avangard*, al que se atribuyó ser el “presidente del soviet de Argentina”¹¹⁶; en el Departamento de Policía fue torturado para que confesara el complot, junto con un ucra-

114 De Andrea, Miguel; *La perturbación social contemporánea*; Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos, 1919, p.13. Alberto Ghirardo refería, nueve años antes, ante ataques similares ocurridos con motivo del Centenario, cómo había escuchado que “Está demostrado, decía un sabelotodo en un tranvía; el 99% de los anarquistas son rusos, sí, señor, rusos [...]” (Ghirardo, Alberto; “Nuestra crónica”, *Ideas y Figuras*, Año II, N° 34, 1° de octubre de 1910; s/p). Nueve años después las palabras del anónimo “sabelotodo” asociando nacionalidad o grupo étnico con determinadas ideas políticas eran repetidas por el obispo participante en fundación de la Liga Patriótica.

115 El jefe de la Policía, Elpidio González, en la nota en que negaba que sus subordinados hubieran participado de los vejámenes a la población judía, afirmaba que “desde hace tiempo, aquella dependencia [la División Investigaciones] tiene conocimiento de la intensa agitación anarquista provocada y mantenida por numerosos sujetos de esa nacionalidad y de la propaganda que hasta la fecha y a raíz de los acontecimientos sociales de Rusia hacen agitadores de esa colectividad [...]”(citado en Rivanera Carlés; op. cit.; pp. 248). Durante 1918 estuvo muy presente en Argentina el debate sobre la Revolución Rusa, defendida por anarquistas y socialistas internacionales; en Buenos Aires, por ejemplo, la Federación Obrera Rusa de Sudamérica organizó, el 24 de noviembre de 1918, una manifestación que reunió a 30.000 personas con el fin de explicar el programa maximalista (Bilsky; op. cit.; p. 50).

116 Bilsky (op. cit.; pp 124 - 5) atribuye la iniciativa en la fabricación del presunto complot maximalista a la policía uruguaya, que así podía justificar allanamientos y detenciones ante el peligro de que los sucesos de Buenos Aires se expandieran, como ya había pasado en otras oportunidades, a Montevideo.

niano y un italiano a los que se acusaba de ser el “ministro de gobierno” y “jefe de policía” del presunto gobierno revolucionario; menos de una semana después eran liberados sin que la acusación pudiera sostenerse¹¹⁷. Más abajo volvemos sobre este tema.

La FORA IX da por terminada la huelga

El sábado 11 la Federación Obrera Ferrocarrilera (FOF) adhirió a la huelga general y demandó, además, la reincorporación de ferroviarios despedidos; la huelga fue extendiéndose lentamente por los distintos ferrocarriles. Pero para entonces había comenzado la negociación de la FORA IX con el gobierno; el Partido Socialista, por su parte, publicaba un manifiesto en el que criticaba al gobierno, reivindicaba la huelga pero llamaba a terminarla y rechazaba las acciones callejeras. El Consejo Federal de la FORA IX propuso que para que terminara la huelga general, Vasena debía aceptar las demandas obreras cuyo rechazo había originado el conflicto, y el gobierno debía liberar a los presos sociales y evitar la intervención de las fuerzas armadas estatales en el conflicto de los marítimos; circunscribía así la cuestión a esos dos gremios, negándose a incluir en la negociación las demandas de otros, como los ferroviarios; también formó una comisión para negociar con el jefe de policía, Elpidio González, y dirigió una nota al general Dellepiane en la que reivindicó su solidaridad “con la acción propia de la clase obrera” pero rechazó toda responsabilidad en el “asalto al correo y al departamento de policía, hecho con intervención de elementos extraños”¹¹⁸. Esa misma tarde una delegación de la FORA IX se entrevistó con el ministro del Interior y con el presidente Yrigoyen. El gobierno, por su parte, convocó a Vasena a la casa de gobierno y lo comprometió a aceptar las demandas de los obreros, prometió poner en libertad inmediatamente a los obreros presos por la huelga y, a medida que fueran presentando su demanda, a los existentes anteriormente, y se comprometió a que su intervención en la huelga marítima seguiría manteniendo la neutralidad. La comisión de la FORA IX se comprometió entonces a dar por terminada la huelga

117 Wald relató su experiencia en el libro *Pesadilla* (Buenos Aires, Ameghino Editora, 1998), publicado en idish en 1929 y en castellano en 1987.

118 La Prensa; 12/1/1919; p. 6.

general, previa aprobación por asamblea, lo que ocurrió la misma noche del 11, con el apoyo del Partido Socialista y del Partido Socialista Internacional¹¹⁹. En esa situación, la prensa burguesa redobló sus ataques a la huelga y al anarquismo, exigiendo más represión. La FORA V, por su parte, respondió declarándose contra la finalización de la huelga, reclamó la libertad de los presos sociales y en especial de Simón Radowitzky y Apolinario Barrera¹²⁰, y proclamó la huelga general revolucionaria.

A pesar de la decisión de la FORA IX, la huelga general continuó con fuerza, sostenida por sindicatos fundamentales para la actividad económica como la FOF, la FOM, los del transporte y los estibadores, y también por los adherentes a la FORA V. Contribuyó, también, que, en el ambiente general de movilización obrera e intervención militar y policial, con numerosos tiroteos, continuaran cerrados los lugares de trabajo.

El domingo 12 comenzaron a circular algunos tranvías y a abrir algunos comercios, lo mismo que el 13. Mientras tanto, continuaron los ataques contra los locales obreros y en un allanamiento fue muerto por la policía un obrero ferroviario detenido. El lunes 13 los obreros de Vasena, contradiciendo afirmaciones de la FORA IX, declararon que no habían firmado un acuerdo con la empresa, y que continuaban en huelga.

Simultáneamente, la huelga se extendió en el interior del país, a lo que hemos hecho referencia más arriba, y un acto de sabotaje obrero hizo descarrilar un tren en la localidad de Campana. El gobierno convocó a filas a alrededor de 20.000 soldados de la clase 1897 que, terminado su servicio de conscripción militar, acababan de ser licenciados. Pero también presionó a Vasena para que acordara con los obreros. Al día siguiente, 14, el gobierno envió al Congreso el proyecto de ley de Estado de Sitio, que fue aprobado inmediatamente por la Cámara de Diputados

119 El PS acompañó primero el movimiento huelguístico, aunque sin aceptar las transformaciones violentas, pero después fue tomando distancia y, finalmente, rechazó la acción de los anarquistas y al maximalismo. A la vez, responsabilizó al gobierno por las masacres, el pogrom y la teoría del complot maximalista.

120 Simón Radowitzky, militante anarquista, arrojó la bomba que mató al jefe de la Policía de la Capital, el coronel Ramón L. Falcón y a su secretario, en 1909, como vindicación por la matanza realizada por tropas de esa repartición en la manifestación anarquista del 1º de mayo. Por su juventud no fue condenado a muerte sino a prisión perpetua en el tristemente célebre penal de Ushuaia. Apolinario Barrera, militante anarquista, organizó su rescate pero ambos fueron apresados cuando ya habían llegado a Chile, y devueltos a Ushuaia.

con el voto de conservadores y radicales y la oposición de los socialistas, y girado al Senado, donde el día 16 los conservadores argumentaron que ya no era necesario, se negaron a darle esa arma al gobierno y la ley fue rechazada.

El fin de la huelga

El día 14 el general Dellepiane inició negociaciones y llegó a un acuerdo con la dirección de la FORA V, pero esta gestión fue abortada por la decisión del gobierno de allanar el local y apresar a los redactores del periódico anarquista *La Protesta* con el objetivo, señala Bilsky¹²¹, de dificultar esas negociaciones; Dellepiane, desautorizado, renunció, aunque después retiró su renuncia¹²². Pero, a pesar de todo, la FORA V dio por terminada la huelga. Y, el mismo día, el sindicato de maquinistas ferroviarios, La Fraternidad, rechazó el pedido de adhesión a la huelga argumentando que la mayoría de los sindicatos ya había decidido terminarla; la FOF levantó la huelga al día siguiente e invitó al presidente Yrigoyen a mediar ante las empresas. El 15 una comisión integrada por miembros del Consejo Federal de la FORA IX, de la FOM y de la FOF se reunió con Yrigoyen, y pidió que no hubiera represalias. Con la decisión de la FORA V y de la FOF, terminó la huelga.

Las tropas volvieron a los cuarteles, Dellepiane fue relevado del comando de las fuerzas de la Capital y volvió a Campo de Mayo.

Después del 16 sólo hubo incidentes menores. El 17 la actividad fue normal y el 18 volvieron a trabajar los últimos huelguistas. Sólo continuaron parados los sindicatos que, como la FOM, estaban llevando adelante conflictos sectoriales.

121 Bilsky op. cit, p. 109.

122 Aunque de buena relación con Yrigoyen, de quien sería ministro años más tarde, Dellepiane, había sido jefe de la Policía de la Capital en el gobierno conservador. Este episodio se inserta en la lucha interburguesa que se presenta como disputa entre el gobierno de la UCR y la oposición conservadora por el control del aparato del estado. Expresa las contradicciones entre las fracciones de la clase dominante desplazadas en 1916 y los que acaban de llegar al gobierno, que sumaban a los herederos de las fracciones desplazadas en 1880 y las nuevas "clases medias". Pero muestra también otro aspecto: mientras la negociación de las fuerzas armadas del estado, en la figura de Dellepiane, y los quintistas, comunistas anárquicos, se inserta en la contradicción "estado / masas", el gobierno negocia con la FORA IX, sindicalista y socialista, manteniendo la contradicción dentro del sistema institucional.

Los rasgos de la lucha callejera

Como puede observarse en la precedente descripción, la Semana de Enero combina dos formas de lucha principales: una, sistemática, es la huelga general, llevada adelante por la casi totalidad de la clase obrera de Buenos Aires y que se extendió a varias ciudades del interior; la otra es la lucha callejera de masas con acciones armadas, que le dan un tinte insurreccional. Veamos algunos de los rasgos de esta última.

Los tiroteos en los barrios obreros

En las cercanías del mercado de Abasto (Balvanera) un oficial de policía informó que

[...] cuando pasaba por el lugar [...] adonde, montado, fuera a reconocer en razón de los continuos disturbios que se estaban produciendo, en momentos en que se hallaba en la calle Bustamante entre las de Córdoba y Cabrera al frente de su piquete, fueles preciso retroceder hasta esta última calle, por cuanto desde puertas, ventanas y azoteas de las casas de esa cuadra se les hacían disparos de armas de fuego por personas que no pudieron identificar porque se ocultaban¹²³.

Algunos de estos hechos parecen haber tenido cierta envergadura, aunque no tenemos información para conocer cuán grandes y sólidas eran las “barricadas” que se levantaron:

En Parque Patricios, fuerzas policiales y de línea, destacadas en la comisaría 32^a, tuvieron numerosos encuentros con los revoltosos. En las calles Caseros y Dean Funes y Caseros y Rioja, y en otras esquinas del populoso barrio obrero, levantaron barricadas con el pavimento, haciendo nutrido fuego contra las fuerzas. Una de esas acciones libradas, fue sostenida durante más de dos horas, hasta que se logró que abandonaran el lugar, siendo puestos en fuga, procediéndose luego a destruir las barricadas que habían levantado. En esa misma zona, un grupo numeroso de insurrectos, atacó a dos transportes de carne custodiados por sol-

123 Informe del subcomisario Francisco Guillamondegui; reproducido en Rivanera Carlés; op. cit.; p. 362.

dados del Regimiento 7 de infantería. Fue tan violento el ataque, que hubo necesidad de poner en acción una ametralladora que llevaban en uno de los transportes. Esta acción dejó numerosos heridos de los atacantes¹²⁴.

Otra escueta descripción la da el comisario de la seccional 34^a, que dice que

[...] las patrullas que recorrían la sección fueron atacados a balazos por pequeños grupos de personas refugiados en locales de negocios y casas particulares, agresión que debió contestarse en algunos casos en que pudieron establecerse de dónde partían los disparos¹²⁵.

El jefe policial hace referencia a “pequeños combates aislados en distintos puntos de la sección y alrededor de esta Comisaría, con otros grupos [...]”, que, en algunos casos, “habían levantado trincheras con adoquín del pavimento”; dice que debió recurrir a los soldados destacados en la comisaría y solicitar un refuerzo de los bomberos porque “los grupos agresores fueron creciendo en número”, sumándose un grupo que disparaba desde el Parque de los Patricios “y casas adyacentes” (lo que fue argumento para allanar varias viviendas y un local del PS, en ninguno de los cuales se encontraron armas), en lo que él consideró un intento por apoderarse del local policial¹²⁶.

En el barrio obrero de la Boca no hubo grandes choques callejeros aunque sí tiroteos, realizados sin mayor preparación, que obligaron a la policía a encerrarse en la comisaría y dejar de patrullar el barrio. Romariz, en esa época joven oficial destinado en la comisaría seccional de ese barrio, ha dejado un vivo testimonio de lo que sucedió el día 9: después de allanar un conventillo, y detener a uno de sus habitantes por que amenazó en voz baja a la patrulla policial:

[...] desde unos altos maizales se nos hizo una descarga de tiros, disparados por algunos hombres a los que no alcanzábamos a ver por hallarse ocultos entre las plantas. Los balazos no tuvieron consecuencias para nadie. [...] nuestros agresores [...]

124 Piñero; op. cit.; p. 58.

125 Parte del 12 de enero de 1919 del Comisario Diego Calvo; reproducido en Rivanera Carlés; op. cit.; p. 398.

126 Idem; pp. 398-399.

parecía que se habían dado a la fuga, por cuanto no se repitieron los disparos [...] ¹²⁷.

Más tarde, en otra parte del barrio,

[infectada] de maleantes y reconocidos y temibles militantes izquierdistas, [...] en el preciso momento en que volvía la cabeza para observar a mis hombres rezagados casi una cuadra, oí una sucesión de tiros de revólver o pistola, algunos de ellos pasaron, en su trayectoria, con su silbido característico, próximos a mi cuerpo. [...] alcancé a distinguir en un pequeño balcón del primer piso [...] a un hombre joven, en mangas de camisa, que me hacía el último disparo de los cinco o seis que me descerrajara. [...] otras detonaciones volvieron a escucharse, y alcancé a ver que las producían con armas cortas dos sujetos parapetados detrás de unos grandes árboles [...] próximos a la puerta de entrada del conventillo [...]. Al terminárseles las municiones a los desconocidos agresores, de un salto alcanzaron la puerta del inquilinato, desapareciendo de la escena. [...] Penetramos juntos a la finca de madera de altos y bajos, en la que suponíamos se domiciliaban los que nos habían baleado; sólo encontramos mujeres y niños que lagrimeaban asustados y uno que otro anciano clamando para que no les hiciéramos daño. Los demás hombres habían huido por los fondos de ese inmueble que daban a las calles limítrofes.

Sea por el efecto contagio del nutrido tiroteo producido instantes antes o por responder a una consigna, al poco andar, se nos hacía fuego desde varios lugares a la vez: desde lo alto de las azoteas, por las ventanas abiertas de las casas de madera y aún desde los zaguanes con las puertas entreabiertas. Los francotiradores no presentaban blanco alguno [...]. Ellos y nosotros tirábamos al azar, la prueba la teníamos en la falta de víctimas de uno u otro bando. [...] Ordené entonces retroceder y tomar una calle paralela, pero en ésta, como en otras, se repetía la misma acción, es decir: tiros y más tiros. Nos sentimos bloqueados y en el más completo aislamiento, ya que nadie concurría en nuestra ayuda o

127 Romariz; op. cit.; p. 95-96.

protección. Me asaltó en esas difíciles circunstancias la idea de que de allí no saldríamos con vida. Pensé que la revolución, que adjudicáramos a un sector circunstancial de la población, tomaba las graves proporciones de una insurrección armada de todo el pueblo¹²⁸.

Los refuerzos mandados desde la comisaría no se habían atrevido a internarse en el barrio y se habían atrincherado detrás de la sede de la seccional. Después de ese episodio todas las fuerzas policiales, armadas con fusiles, se concentraron en la comisaría, donde “se los ubicó estratégicamente para repeler cualquier agresión o acudir en pelotones donde fuere necesario”¹²⁹ mientras

[...] llegaban informaciones de inusitada gravedad, que aludían al levantamiento de vías tranviarias, incendio de vehículos y toda clase de depredaciones por turbas exaltadas de huelguistas, posesionados de la vía pública para paralizar e impedir en ella toda actividad¹³⁰.

¿Qué se puede observar en los hechos descriptos? Que si bien se levantan barricadas en algunos barrios obreros, y en otros las fuerzas policiales deben abandonar las calles por obra de los tiroteos contra ellas, lo que estos ataques muestran es más bien la intención de hostilizar a la policía, a veces de manera muy improvisada o a partir de su circunstancial presencia, espontáneamente, sin ninguna preparación, y más como expresión de odio (y probablemente deseo de vengar a los muertos), que como parte de un plan sistemático.

Sirva como ilustración la manera en que comenzó el primer allanamiento y tiroteo relatado por Romariz:

Al enfrentar un inquilinato de habitaciones chatas [...] vi a su puerta dos o tres individuos, en los que no reparé mayormente. Unas cuadras más adelante, uno de los agentes se adelantó [...]. Detuve el caballo e interrogué: ‘¿qué ocurre?’ ‘Mi oficial: uno de esos sujetos que se hallaban a la puerta del conventillo por el que acabamos de pasar [...] me dijo: ‘Muchachos, maten a ese perro’,

128 Ídem, pp. 98-101.

129 Romariz; op. cit.; p. 103.

130 Romariz; op. cit.; p. 102.

señalándolo a Ud., y agregó ‘... y acompañennos, porque ustedes son obreros igual que nosotros’¹³¹.

Deducida por los policías “la peligrosidad del temerario provocador”¹³², volvieron sobre sus pasos, allanaron el lugar y lo detuvieron, y ese fue el origen del primer tiroteo referido más arriba.

Los ataques a sedes policiales

Si los tiroteos callejeros aparecen como espontáneos otra podría ser la condición de los ocurridos en algunos locales policiales.

Pero antes de analizarlos hay que destacar que todas las descripciones señalan, como ya dijimos, que los hechos se desarrollaron en barrios como Parque Patricios, Barracas, Nueva Pompeya, Constitución, La Boca, Villa Crespo, Caballito y Chacarita, donde era mayoritaria la población obrera, o donde ésta estaba mezclada con población de pequeña burguesía pobre, como San Cristóbal, Balvanera y Almagro, es decir, casi exclusivamente en territorio obrero. El hecho de que las acciones se desarrollen en los barrios obreros constituye un indicador de que los manifestantes, los huelguistas, los militantes obreros, no se proponían ocupar el territorio del poder establecido: el centro político de la ciudad. Si bien hubo algunas manifestaciones en la Plaza del Congreso nada señala que hubiera un propósito de ocupar ni siquiera los centros simbólicos del poder. No hubo ataques contra la Casa de Gobierno ni contra la sede del Congreso Nacional ni ningún otro edificio público.

Como ya se dijo más arriba, los tiroteos desarrollados en la noche del 10 en el Departamento Central de Policía, en el Correo Central y en varias comisarías, tampoco muestran, a pesar de las afirmaciones policiales, un intento claro por tomarlos. En el Departamento Central, después de unos disparos de origen incierto, “no se sabe disparados por quién” según Romariz, que quizás provenían de tropas que atacaban a manifestantes reunidos en la cercana Plaza del Congreso, se generalizó un tiroteo sin ton ni son dentro del mismo edificio. Los francotiradores apostados en edificios ubicados frente y en las esquinas del Departamento y las personas que habrían transpuesto las rejas que rodeaban al

131 Romariz; op. cit.; p. 92.

132 Romariz; op. cit.; p. 92.

edificio, a que hace referencia Piñero y de las que no habla Romariz, no parecen estar realizando un ataque que tuviera como meta tomar la sede de la policía, como señala la versión oficial, sino solamente tirando contra el edificio. Eso explica la facilidad con que se los detuvo y lo ineficaz de su acción, sobre todo si se considera que tenían como contrincante a una tropa en total desorden y entre la que habría habido soldados comprometidos, que habrían arrojado panfletos “sediciosos” dentro del edificio, como hemos visto en la descripción de Romariz.

El supuesto ataque al edificio del Correo Central, centro de comunicaciones, fue, como ya dijimos, producto de una confusión de las tropas allí acuarteladas, como lo dejaron en claro los diarios *La Nación* y *La Prensa*.

En cuanto a los ataques a varias comisarías seccionales durante las noches, muchos fueron desmentidos por la prensa obrera. Bilsky incluso plantea la posibilidad de su inexistencia¹³³, lo que no parece sostenible con la información disponible, aunque la misma información policial es, a veces, contradictoria. Godio, por el contrario, afirma, aunque sin presentar otra prueba que la previa “rotura de los focos de luz en las esquinas cercanas”¹³⁴, que “los anarco-sindicalistas habían preparado un plan para asaltar comisarías por la noche”, y da las 22 como hora de inicio de las acciones realizadas por “pequeños grupos armados” en las seccionales 4^a, 6^a, 8^a (que no figura en los partes reproducidos por Rivanera Carlés y 9^a¹³⁵ en la noche del 10, y las seccionales 26^a, 23^a (no figura ese ataque en el parte policial), 24^a, 29^a y 31^a en la noche del 11¹³⁶.

133 “Muchos testimonios posteriores relatan que la policía tiraba contra la calle totalmente vacía, en la oscuridad total, asesinando de esta manera a gente del vecindario o muchos individuos que se encontraban por casualidad en las inmediaciones. En otros casos se trataría de escaramuzas producidas entre diversos elementos de las fuerzas represivas, que a causa de la oscuridad, se tiroteaban entre ellos, por error. [...]. Si existieron, estuvieron lejos de tener la amplitud descrita en la prensa, y en todo caso no integraban ningún plan preestablecido” (Bilsky; op. cit. p.79-80).

134 Procurar la oscuridad no fue exclusivo de los manifestantes obreros: el comisario Romariz (op. cit.; p. 126) relata como él mismo apagó de un balazo “la única bombita eléctrica que alumbraba en toda la zona”.

135 Godio; op. cit.; p. 59.

136 *La Vanguardia* (16/1/1919; p. 1) presenta otra versión del ataque a la seccional 36^a: “Siendo cerca de las 9,40 p. m., a un grupo de tres ciudadanos que estaban estacionados en la calle Teuco y Almafuerte, un bombero que vigilaba una garita de señales del FCCGBA

Como ya dijimos, doce comisarías seccionales dieron parte de intentos de ataque y tiroteos. Las seccionales 16ª y 25ª informaron de disparos contra ellas en las noches del 12 y del 13 respectivamente; curiosamente desde la seccional 34ª se informó sobre un hecho similar en la seccional 36ª, que obligó a utilizar una ametralladora contra los francotiradores, pero el informe del comisario de esta seccional no dio cuenta del uso de esa arma, lo que hace dudar sobre la veracidad del relato¹³⁷; algo semejante ocurre con la seccional 7ª, que según informe de la 42ª fue atacada, hecho que no figura en el informe de la propia seccional 7ª¹³⁸. Las seccionales 6ª, 9ª y 30ª informaron que hubo intentos de tomarlas en la noche del 10; en el primer caso el ataque habría dado lugar a un intenso tiroteo; más abajo nos referiremos al ataque a la 9ª. Las seccionales 4ª, 21ª (Chacarita)¹³⁹, 29ª y 34ª (Parque Patricios, donde estaban los Talleres Vasena) dieron cuenta de intentos de tomarlas en la noche del 11. También la seccional 24ª informó que se intentó tomarla, aunque sin precisar la fecha¹⁴⁰.

Una descripción más detallada de cuatro de estos hechos permitirá aproximarnos mejor a su caracterización. En la seccional 9ª, el día 10,

les disparó un tiro de Mauser. Tal vez creyéndolos sospechosos, y a la detonación acudió un refuerzo de 15 agentes de dicha comisaría [...] haciendo varias descargas en la misma dirección. [...] a los pocos minutos de suceder esto, de la estación Buenos Aires (CGBA) partió una locomotora, la cual traía un furgón enganchado y de él bajaron como 20 marineros que se atrincheraron detrás de la locomotora y de la estación Sáenz, disparando tiros a diestra y siniestra en dirección a la comisaría 36ª, que dista pocos metros desde ese lugar, sosteniendo un tiroteo entre fuerzas de marinería y la policía que duró aproximadamente 30 minutos; no suficiente con esto, aparecieron por la calle Almafuerde tres camiones con fuerzas de bomberos, y atrincherándose [...] con dos ametralladoras tomaron a la marinería entre dos fuegos, o sea entre las fuerzas policiales, que disparaban desde la comisaría, y los bomberos, de la calle Almafuerde, prolongándose el tercer tiroteo [...]”. Según el diario *La Vanguardia* preguntándose “¿Dónde estaban los 2000 huelguistas de que hablan los diarios oficiales?”.

137 Informes del comisario Francisco A. Zelada; reproducidos en Rivanera Carlés; op. cit.; pp. 338-341.

138 Romariz (op. cit.; p. 104) da cuenta de un intento de asalto a esta comisaría el día 9 por manifestantes del cortejo fúnebre, que fue repelido por tropas de bomberos. Hemos incluido el parte oficial del comisario más arriba, en el relato del día 9.

139 Aunque no figura en los parte reproducidos por Rivanera Carlés, Piñero incluye a la seccional 2ª entre las atacadas, junto a la 4ª, la 6ª y la 9ª, pero no cita a las restantes (Piñero; op. cit.; p. 57).

140 Godio; op. cit.; p. 50.

se produce lo que Godio considera “una excepción a la táctica anarquista de ataques con pequeños grupos”¹⁴¹; a las tres de la tarde entre cuatrocientos y quinientos manifestantes, algunos armados, avanzaron sobre la comisaría en dos oportunidades y desde diferentes direcciones¹⁴², tratando de romper las puertas, con el objetivo de liberar a los obreros presos allí, varios de ellos trabajadores de los Talleres Vasena, por lo que es posible que los atacantes provinieran de la asamblea que diariamente reunía a los obreros de esa empresa¹⁴³; fueron repelidos a balazos, dejando varios muertos en su desbande. En la noche del 11 la comisaría 9ª fue nuevamente tiroteada desde azoteas cercanas, y tanto ese día como el anterior tropas del ejército acantonadas allí, que acompañaban a “manifestaciones patrióticas”, participaron de tiroteos en las calles, incluso disparando una ametralladora, que también dejaron varios muertos¹⁴⁴.

Probablemente después del ataque de las tropas policiales y militares contra el acto en el cementerio de la Chacarita, la seccional 21ª fue

[...] tiroteada por individuos ocultos en las azoteas de las casas de la vecindad; acto inmediato se vio avanzar del lado de Chacarita un grupo compacto que ocupaba la calle Triunvirato de vereda a vereda, el cual venía haciendo tiros [...] algunas se separaron y colocadas detrás de los árboles disparaban sus armas en contra de esta comisaría; se hizo salir un pelotón y los dispersaron. Mientras esto ocurría, otros grupos numerosos atacaban por el fondo [...] los que fueron rechazados por los agentes que formando cantones se habían colocado sobre los techos de la caballeriza [...]¹⁴⁵.

En la seccional 26ª el ataque tuvo otras características: en la noche del 10, según el parte policial “grupos diferentes [...] atacaban esta Comisaría”. ¿En qué consistía el ataque, de acuerdo con el relato del

141 Parte del comisario Ricardo Miró, de la seccional 9ª, citado en Rivanera Carlés; op. cit.; p. 342.

142 Godio; op. cit.; p. 51.

143 Parte del comisario Ricardo Miró, de la seccional 9ª, citado en Rivanera Carlés; op. cit.; p. 343. Piñero; op. cit.; p. 57.

144 Relato elevado por el comisario de la seccional 21ª al Jefe de Policía de la Capital, el 17/1/1919; parcialmente reproducido en Rivanera Carlés; op. cit.; p. 370.

145 Informe del comisario seccional; reproducido en Rivanera Carlés; op. cit.; p. 379.

informe policial?: en un grupo de manifestantes apresados, un detenido tenía “un cuchillo de grandes dimensiones y un revólver descargado que despedía su caño olor a pólvora deflagrada”, y otros “dirigían insultos y otros gritos hostiles contra los agentes y demás fuerzas destacadas en esta Comisaría”¹⁴⁶.

Sobre los “ataques” a la seccional 24^a se cuenta con tres descripciones diferentes: una periodística, que ubica el ataque el día 13; otra oficial, sin precisión de fecha, y otra de Romariz, destacado en ella, que se refiere al día 9 y que, explícitamente, y contradiciendo totalmente la versión periodística, dice que “el tercero y cuarto días [11 y 12] no ofrecieron características de mayor relieve [...] ni nos tiraban; los reductos de los francotiradores habían silenciado”¹⁴⁷, y que el día 13 no sólo no hubo ataque alguno sino que se levantaron los puestos, se rellenaron las trincheras y se autorizó la circulación de vehículos y peatones; esa tarde se retiraron las tropas militares¹⁴⁸. La descripción periodística a que nos referimos, que sirve también para conocer cómo informaban los diarios, es de *La Prensa*, que publicó que el día 13, a las 11 de la noche,

[...] varios grupos de obreros huelguistas pertenecientes a la Federación Marítima, pretendieron atacar el local de la comisaría 24 (Boca). [...] Los vigilantes, bomberos y soldados [...], mantuvieron un recio tiroteo con los agresores. [...] por momentos se creyó que los revoltosos conseguirían desalojar de las barricadas a las fuerzas defensoras del edificio de la seccional; pero un refuerzo, llegado poco después del departamento logró disgregar a los asaltantes. De resultas del tiroteo, del centro de la calzada fueron recogidos numerosos heridos. Se supone que hay algunos muertos¹⁴⁹.

La segunda, muy escueta, ya que aparentemente el comisario de la seccional no elevó el informe requerido por el jefe de la Policía, se limita a un fragmento de una nota dirigida por el subcomisario Guillermo Villagra al Juez de Instrucción, doctor Luna Olmos y en la que dice que

146 Romariz; op. cit.; p. 155.

147 Romariz; op. cit.; p. 161.

148 *La Prensa*; 14/1/1919; p. 8. Resulta llamativa esta noticia, que contradice tanto los recuerdos de Romariz como el parte oficial. ¿Se trata de un hecho totalmente inventado o la noticia de alguno de los “ataques” del día 9 recién llegaron al diario el día 14?

149 Rivanera Carlés; op. cit.; p. 376.

[...] en diversas ocasiones, empleados y agentes de este personal y de la Guardia de Seguridad de Caballería sostuvieron tiroteos, que por repetidas veces habían iniciado grupos de individuos con miras manifiestas de apoderarse de esta comisaría¹⁵⁰.

El relato de Romariz, que corresponde al día 9, permite precisar la naturaleza de esos ataques. Antes de describirlos, conviene recordar que, según este autor, la comisaría 24^a contaba con ciento cincuenta hombres entre jefes oficiales y agentes (todos presentes durante los días reseñados); a tres cuadras estaba asentado un escuadrón de la Guardia de Seguridad de Caballería con otros setenta hombres; y después del intento de ataque a la comisaría en la noche del 9 se habían agregado un destacamento de la marina y un pelotón de ocho hombres del ejército con una ametralladora pesada¹⁵¹. Romariz describe tres ataques. En la noche del 9, mientras oficiales y agentes policiales comían y escuchaban a un guitarrero y cantor, desde la calle llegaron gritos que alertaban que “Avanzan grupos haciendo fuego” y, simultáneamente, telefónicamente informaron (falsamente) que había sido tomado el Departamento Central de Policía; salieron las tropas del Escuadrón de Seguridad, se ubicaron en la bocacalle inmediata y abrieron fuego, mientras los agentes de la comisaría se ubicaban en la otra bocacalle; el estruendo de los disparos espantó a los cincuenta caballos del Escuadrón que

[...] al galopar en medio de formidables relinchos, patadas, saltos y caídas, al chocar entre sí producían una batahola impresionante y terrorífica. [...] Está demás decir que a la visión dantesca que ofrecían en la noche alumbrada de tanto en tanto por la luz de las descargas de las armas que vomitaban fuego incesantemente, los caballos enfurecidos abalanzándose encabritados por el pánico, se agregaban las imprecaciones de los soldados que tenían la misión de cuidarlos; los alaridos de temor y angustia de los caídos arrollados por el alud; las voces estentóreas de mando; los tiros que partían de todos los ángulos y, por sobre ese estrépito horrible, las notas agudas y escalofriantes del clarín ordenando: ‘¡Fuego!, ¡Fuego!’ [...] tras los últimos caballos en fuga avanzamos a

150 Romariz; op. cit.; pp 89 – 90.

151 Romariz; op. cit.; pp. 117-118.

ocupar nuestro puesto de combate [...] Los hombres, conforme iban llegando, echaban cuerpo a tierra y, por efecto de la tribulación que los dominaba, sin esperar orden alguna empezaban a disparar sus fusiles al azar, dado que no se veía a nuestro frente ni en las calles transversales, atacante alguno. En realidad no podía asegurar si por esa dirección la comisaría era o no amenazada. Si algunos lo habían intentado, la violenta y sorpresiva carga de los caballos sin jinetes, los debió ahuyentar despavoridos. [...] Como ya lo dije, no vi a nadie que nos agrediera, ni se adelantara, pero el fuego siguió con encarnizamiento. [...] El barrio de la Boca ardía por sus cuatro costados; al fuego de las tropas defensoras de la comisaría, se sumaba el de soldados destacados en los galpones de 'Las Catalinas' y otros del destacamento de bomberos que se hallaba [...] sobre el Riachuelo¹⁵².

Después de tan espectacular episodio,

[...] logramos saber que a la primera descarga de los guardias de caballería, los escasos sujetos que sigilosamente, y parapetados en los árboles, se aproximaban haciendo uno que otro disparo, retrocedieron para desaparecer a la carrera. No se registraron víctimas, pero sí muchas detenciones de merodeadores que no supieron justificar su presencia en esos lugares inmediatos a la seccional¹⁵³.

El segundo ataque relatado por Romariz ocurrió la misma noche, con

Unos tiros que sorpresivamente sonaron a lo lejos [...]. Y se reinició el fragor de los estampidos de las armas de fuego, en todos los sectores. En un momento dado, a nuestro frente [...] y a unos cien metros distantes, observé que avanzaban a saltos,

152 Romariz; op. cit.; pp. 119-120. También refiere situaciones de temor vividas por varios vecinos. Y varios episodios de policías que se ocultaron y tuvieron que ser obligados a tomar las armas, así como la "presunción acertada por cierto [...] de que pudiera existir personal comprometido con la revuelta, o de ideología izquierdista, y por ende, capaz de traicionarnos y de suprimir violentamente a los jefes y oficiales leales" y que llevó al comisario a encerrarse en su despacho con diez hombres leales, fuertemente armados. (Romariz; op. cit.; pp. 121).

153 Romariz; op. cit.; p. 121.

para guarecerse en los árboles, algunos individuos en camisa u otra prenda de color blanco que parecía ser un distintivo para reconocerse. No alcancé a ver si disparaban, presumo que no lo hacían por cuanto a esa distancia, las balas de sus armas cortas no ofenderían y procuraban acercarse lo más posible para irrumpir en nuestra formación, a fin de emplearlas de cerca, conjuntamente con sus infaltables cuchillos y puñales. [...] Los presuntos atacantes, a todo esto, intimidados por la resistencia que encontraban se retiraron esfumándose en la oscuridad¹⁵⁴.

El tercer “ataque” se produjo después de la medianoche, en circunstancias en que

Una patrulla de guardias de caballería, sin descender de sus cabalgaduras y por tal motivo sin palparlos de armas, había conducido detenidos a cinco fornidos individuos que sorprendieran ocultos en un zaguán [...] a una cuadra de la seccional. En el momento en que los presos entraban en la comisaría, extrayendo de entre sus ropas filosos y grandes cuchillos al tiempo que vivaban a la anarquía, agredían a puñaladas para abrirse paso y fugar, a los agentes allí presentes; estos, defendiéndose con sus fusiles evitaron los alcanzaran los golpes de las armas blancas, mientras trataban de someterlos con las culatas. Otros agentes, especialmente los que cubrían la azotea de la comisaría y el despacho del comisario, alarmados y sorprendidos hicieron fuego precipitadamente¹⁵⁵.

El resultado fue que uno de los “atacantes”, como lo llama Romariz, fue detenido, otro fue muerto “en los fondos de la seccional” y un agente policial resultó muerto de un balazo en el corazón (evidentemente disparado por sus propios colegas). Como derivación del mismo hecho fue muerto otro anarquista, en circunstancias que permiten observar las características de al menos algunos de los ataques a las comisarías: Romariz y sus tropas estaban atrincherados en la esquina de la comisaría y allí,

De pronto a nuestras espaldas se dejaron oír violentas descargas de fusilería acompañadas de alaridos, imprecaciones y un

154 Romariz; op. cit.; p. 129.

155 Romariz; op. cit.; p. 128-9.

lastimero grito de agonía [...]. Vimos, iluminados por el rayo de luz que salía de la comisaría, algunos individuos de blancas camisas entremezclados en lucha con el personal policial. Esta escena inexplicable y alarmante nos dio la impresión, hartamente justificada, de que los rebeldes habían tomado la comisaría, asaltándola por los fondos o por las azoteas vecinas [...] varios de mis hombres se habían levantado del pavimento. Alcancé a ver que algunos pocos emprendían la huida en distintos rumbos. [...] Mortalmente pálidos y anhelantes esperamos el ataque [...]. De improviso alcanzamos a ver que un sujeto sin saco, desprendiéndose del grupo de combatientes en la puerta de la comisaría avanzaba a la carrera en nuestra dirección esgrimiendo un cuchillo en su mano derecha. Al aproximarse a la línea de tiradores, que ya se había reconstituido, de pie y con frente al local policial, se le intimó se entregara y en vez de rendirse, al mismo tiempo que vociferaba con voz iracunda: ¡Viva la anarquía! – atropellaba blandiendo el cuchillo a los agentes que le interceptaban el paso, los que debieron abrirse para no ser heridos. Un cabo Ojeda le disparó a boca de jarro, sin resultado alguno, los seis tiros de su revólver. Varios otros hicieron fuego sin acertarle por la nerviosidad que les dominaba, la oscuridad reinante y el temor de herir a sus compañeros. Un proyectil de mi fusil lo desplomó mortalmente herido¹⁵⁶.

De manera que lo que genéricamente la policía llama “ataques” involucra situaciones muy diferentes: 1) puede tratarse de una multitud probablemente reunida en asamblea que intentó romper las puertas de la comisaría para liberar a los presos y se desbandó al ser rechazada a balazos, como es el caso de la seccional 9ª; 2) puede ser una manifestación desde la que se dispararon algunos tiros y de la que se separaron varios tiradores para parapetarse en los árboles, mientras otros hacían lo mismo desde los fondos del local policial, y que se dispersaron cuando la policía respondió, como es el caso en la seccional 21ª; 3) pero también pueden ser algunos apresados que simplemente insultaron a los policías que los llevaban a la comisaría, como en la seccional 26ª; o, 4) francotiradores que dispararon desde mucha distancia, como en la seccional 24ª,

156 Romariz; op. cit.; p. 128-9.

o 5) presos que se resistieron a entrar en la comisaría y enfrentaron con cuchillos a los policías, como en esta misma seccional.

En síntesis, la impresión que surge es que se trata o de manifestaciones que intentan la liberación de los apresados o de acciones de hostigamiento, impulsadas por el odio y el deseo de vengar a los muertos y heridos, con la decisión, incluso, de atacar a los policías casi sin armas y a partir de una situación aleatoria como el arresto, más que de un plan sistemático dirigido a ocupar las comisarías.

La Semana de Enero: huelga general política de masas y masacre

La descripción que hemos presentado permite plantear un conjunto de interrogantes cuya respuesta permite aproximarnos a conceptualizar el hecho desarrollado en la Semana de Enero de 1919 y, a la vez, localizarlo en la escala de las formas de lucha de la clase obrera¹⁵⁷.

¿Se trató simplemente de una *masacre*, es decir, una matanza de personas, por lo general indefensas, producida por un ataque armado? ¿Fue un levantamiento de gente oprimida, que espontáneamente se alzó buscando vengar la muerte de sus hermanos de clase, en lo que clásicamente se ha conceptualizado como *motín*, forma de rebelión que no constituye lucha, aunque se encuentre en el umbral de la misma¹⁵⁸? ¿O se trató de un enfrentamiento social, esto es, de la confrontación entre dos fuerzas sociales, cualquiera sea el grado de constitución de una u otra? y si fue esto último ¿se trató de una insurrección obrera? Y de haberlo sido ¿de qué tipo? ¿Fue una *insurrección espontánea*, cuyos

157 La *rebelión* constituye una escala que toma distintas formas cuyas diferencias cualitativas permiten construirla desde las formas más inconscientes y espontáneas hasta las más conscientes y sistemáticas; el movimiento puede ascender y descender en la escala, implica direccionalidad (aunque no necesariamente en una determinada dirección) y permite medir momentos. Clásicamente la teoría del socialismo científico tomó como puntos extremos de esa escala el robo, el delito común –“la más incivil e inconsciente forma” según la caracterización de Engels (*La situación de la clase obrera en Inglaterra*; Buenos Aires, Futuro, 1965; p. 209) – y la insurrección (con su especificidad en cada momento histórico: Engels la determinó *obrera consciente*; Lenin como *armada del pueblo*); en el siglo XX la teoría del socialismo científico incorporó la *guerra revolucionaria*.

158 Para el desarrollo del concepto clásico de *motín*, aplicado a los procesos de rebelión en Argentina contemporánea, cfr. Cotarelo, María Celia; *El motín de Santiago del Estero*; Pimsa, Documento de Trabajo N°19, 1999.

rasgos señalados clásicamente son la muchedumbre en la calle, no organizada, que espontáneamente levanta barricadas y da lugar a una lucha de calles, en la que las masas pasan por encima de las organizaciones? ¿O fue una *insurrección consciente*, con conducción política y militar, resultado de una conspiración maximalista o anarco comunista?

Lo que comenzó como una *huelga* de obreros metalúrgicos de la empresa Vasena y de los marítimos, por reivindicaciones específicas, devino *huelga general con movilización*, acompañada de manifestaciones callejeras. Casi inmediatamente las manifestaciones derivaron en choques callejeros de los manifestantes con la fuerza armada del gobierno (policía), y más tarde, con la fuerza armada del estado (ejército y marina), y la huelga en *huelga política de masas*, en la que las direcciones sindicales y políticas de la clase obrera resultaron superadas¹⁵⁹.

En las acciones callejeras, en los ataques a comercios y medios de transporte, puede verse la determinación de hacer cumplir la huelga, pero en algunos tiroteos con la policía parecen observarse uno de los rasgos del *motín*, espontáneo, motivado por el odio y el deseo de venganza. Sin embargo, el hecho no puede reducirse en manera alguna a esa caracterización: existen en él rasgos insurreccionales. Pero no en el sentido de la *insurrección consciente*, una insurrección definida de acuerdo con los criterios teóricos clásicos que enfatizan el elemento consciente, sistemático, previamente organizado y planificado, para conquistar el poder político y donde existe la disposición a sostener una lucha para derribar el poder político de las clases dominantes y una organización

159 El concepto de *huelga política de masas* ha sido usado con significados que enfatizan distintos aspectos de esa forma de lucha. Aquí lo tomamos en el sentido que privilegia la “huelga política de masas en tanto aspecto de la lucha directa de masas”, es decir, “lucha por fuera de los aparatos burocráticos institucionales, es decir, las calles [...]”, apropiándose de territorios y subordinando los “preexistentes – legalidad de los sindicatos, partidos, etc.-” (Balvé, Beba y Balvé, Beatriz; *El’69. Huelga política de masas*; Buenos Aires, Contrapunto, 1989; p. 179). Difiere, pues, de la concepción de la socialdemocracia alemana de comienzos del siglo XX, criticada por Luxemburg: “un paro masivo y único del proletariado industrial, emprendido con ocasión de un hecho político de mayor alcance, sobre la base de un acuerdo recíproco entre las direcciones del partido y los sindicatos, y que, llevado adelante en el orden más perfecto y dentro de un espíritu de disciplina, cesa en un orden más perfecto aún ante una consigna dada en el momento oportuno por los centros dirigentes” (Luxemburgo, Rosa; *Huelga de masas, partido y sindicatos*; Córdoba, Ediciones Pasado y Presente, 1970; p. 53).

apta para dirigir política y militarmente la lucha de las masas. Aunque en la Semana de Enero hay grupos anarco comunistas que pretendían transformar la huelga general de masas en huelga revolucionaria, ya se señaló que lejos estuvieron de apuntar a los centros del poder político o económico establecido; los tiroteos surgieron a veces aleatoriamente, ante el intento de apresar a algún manifestante, o ante la presencia de una patrulla policial a la que se hostigaba desde las mismas viviendas obreras o para rechazar ataques de policías, soldados y civiles armados; los ataques a las comisarías parecen alternar esos rasgos de espontaneidad, después de una manifestación o intentando impedir un apresamiento, con acciones más sistemáticas.

Es por esto último que tampoco se trata simplemente de un hecho en que la muchedumbre no organizada, espontáneamente levante barricadas y libre una lucha de calles (*insurrección espontánea*): se combinan estos rasgos y los del *motín* con la presencia de grupos de obreros organizados que realizan acciones contra las fuerzas policiales y militares y contra la empresa Vasena, aunque, como dijimos, sin apuntar a los centros del poder político, ni pretender conquistar ese poder. Todos estos rasgos aproximan al hecho a una *insurrección de pequeñas escaramuzas*¹⁶⁰.

Surge aquí otro interrogante que remite al desenlace de esta insurrección. Godio, que enfatiza la importancia de las acciones armadas en el hecho¹⁶¹ y las caracteriza como “formas embrionarias de lucha armada”¹⁶², vincula la fisonomía y el desenlace de la Semana de Enero con el peso de la concepción anarquista, que consideraba que la huelga

160 Según la clasificación establecida en Neuberg, A.; *La insurrección armada*; Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1972; p. 72. “Hay diversas clases de insurrecciones: las insurrecciones victoriosas, las insurrecciones de masas, pero que conducen a un fracaso; la guerrilla (pequeñas escaramuzas), las insurrecciones *putsch*, es decir, las que están organizadas sin la participación de las masas”.

161 “Los distintos enfrentamientos de obreros contra policías y civiles no eran casuales. La coordinación en el tiempo de estos sucesos, el dato de que los obreros estuviesen armados y otros hechos a producirse durante la noche, muestran la existencia de un plan, y este plan estaba en manos de los anarquistas. *Todo indica que los anarquistas creían que a través de esta especie de guerrilla urbana se creaban las condiciones para que las masas, guiadas por estos ejemplos de lucha armada, se volcasen espontáneamente a la lucha por la ‘anarquía’*” (Godio; op. cit.; p. 50) (subrayado en el original).

162 Godio; op. cit.; p. 35.

general devenida huelga general revolucionaria llevaría por sí misma, espontáneamente, al alzamiento de los trabajadores y la transformación de raíz de la sociedad. Sin embargo, y aun manteniendo el análisis sólo en el ámbito de las relaciones político ideológicas, podemos observar el peso que tuvo en ese desenlace la estrategia de penetrar el sistema institucional, expresada por socialistas y sindicalistas, tanto como la concepción anarquista acerca de la revolución, presente en la FORA V y en general en el movimiento obrero. Ese era el estadio de la conciencia de la clase obrera argentina, construida en el largo ciclo de luchas iniciado en la década de 1880. Como ya señalamos, el hecho se produjo en un momento ascendente de la lucha de los obreros, medido por los crecientes grados de unidad en la acción de sus cuadros y el establecimiento de alianzas con fracciones sociales no obreras, tanto a nivel mundial como en Argentina. Ese momento ascendente adquirió carácter diferente según las distintas situaciones nacionales: mientras en Rusia y otros países europeos culminó en procesos revolucionarios socialistas, en Argentina se insertó en un proceso de transformación democrática de la sociedad, que permitió a una parte de los obreros insertarse en el sistema institucional. La promulgación de las nuevas leyes electorales (sufragio universal masculino, secreto y obligatorio, con padrón militar) fortaleció, a partir de 1912, cuando se aplicaron por primera vez en elecciones de diputados nacionales, y más aún en 1916, con el triunfo de la Unión Cívica Radical en las elecciones presidenciales, la posibilidad para una parte de la clase obrera de penetrar en el sistema institucional por dos vías: la creciente incorporación al Congreso Nacional de diputados y senadores socialistas y la fluida relación que establecieron las sucesivas centrales sindicales dirigidas por el anarco sindicalismo con los gobiernos de la UCR, que permitió un cierto avance en las condiciones de la vida obrera. La situación económica más favorable¹⁶³, junto con las nuevas condiciones políticas que había traído la llegada de Yrigoyen al gobierno, permitieron un incremento del movimiento huelguístico. La Semana de Enero ocurrió cuando ese proceso chocó con sus límites:

163 Los estudios sobre la situación económica señalan la salida de la crisis vinculada a la guerra mundial, y las clases oprimidas y explotadas no encontraban insoportable su situación ni tampoco se habían agravado anormalmente sus sufrimientos, condición de procesos revolucionarios.

la imposibilidad de incluir en el sistema al conjunto de los desposeídos de sus condiciones materiales de existencia. Entonces el gobierno “popular” se encargó de suprimir la rebelión: buena parte de la clase obrera no encontró legitimados sus intereses inmediatos dentro del sistema institucional y sus demandas tuvieron como respuesta la confrontación abierta con ese sistema¹⁶⁴. Y esto remite a las condiciones objetivas en que se encontraba esa clase obrera con relación a la posibilidad de un proceso de transformación de raíz de la sociedad que requiere de una fractura dentro de las clases dominantes: si bien es cierto que existía una fuerte disputa política al interior de las clases propietarias, entre la nueva alianza social expresada en el gobierno radical y la cúpula de la burguesía argentina, frente al alzamiento obrero en las calles se borraron coyunturalmente sus diferencias; lo mismo puede decirse con relación al gobierno y el imperialismo inglés.

En síntesis, la huelga política de masas desarrollada en la Semana de Enero de 1919 constituyó el momento más alto del ciclo de la lucha de la clase obrera que se inició en el siglo XIX y se extendió hasta el primer año de la década de 1920. El hecho presentó los rasgos de una *insurrección de pequeñas escaramuzas*. La clase obrera argentina no encontraba las condiciones objetivas ni su experiencia le permitía, en ese momento conquistar el poder político. Con su derrota, sin duda, se consolidó la tendencia a la penetración de las luchas obreras en el sistema institucional, con la legitimación y legalización de los intereses inmediatos como asalariados de algunas de sus fracciones y capas¹⁶⁵.

164 Varias de las masacres obreras nombradas al comienzo de este artículo ocurrieron durante los gobiernos radicales: los fusilamientos de los huelguistas de la Patagonia y las huelgas de La Forestal bajo Yrigoyen, la matanza de Napalpí, bajo Alvear.

165 Esto lleva a Bilsky a plantear que “La Semana Trágica tiene también una significación particular en la historia del movimiento obrero. Marca el fin de una etapa que podemos designar como ‘insurreccionalista’. Los acontecimientos de enero de 1919 pertenecen aún a esta primera etapa, pero contienen ya elementos de una nueva” (Bilsky, Edgardo J.; *La Semana Trágica*; Buenos Aires, CEDAL-Biblioteca Política N°50; 1984; p. 7). Esta caracterización es cuestionable en dos sentidos: en primer lugar, porque las principales estrategias planteadas desde la clase obrera en ese período no logran establecer una disputa real por el poder: unos porque se proponen como meta formar parte del sistema social legitimando y legalizando sus intereses inmediatos, otros porque consideran que la mera generalización de la huelga provocará la caída del régimen social vigente; es decir, conceptualizar como insurreccionalista a todo el período anterior a 1920 es atribuir a sus

Nos queda por considerar, finalmente, un aspecto del hecho analizado: ¿fue una masacre? Todas las corrientes del movimiento obrero coincidieron en esa caracterización. La hizo desde un comienzo, como vimos, el Partido Socialista, refiriéndose a lo ocurrido en los depósitos de Vasena y en Chacarita¹⁶⁶. También Sebastián Marotta, miembro de la dirección de la FORA IX en enero de 1919, y el militante anarquista Abad de Santillán, autores ambos de sendas historias del movimiento obrero argentino, califican a los hechos como “masacre”.

El gobierno de Hipólito Yrigoyen nunca informó oficialmente sobre las bajas humanas que dejaron los choques armados y las acciones de la Policía de la Capital, el Ejército, la Armada y los grupos de civiles armados que los secundaron. La cantidad de muertos, heridos y prisioneros de esos días que se conocen son muy dispares, según cuál sea la fuente que se consulte. De manera poco sorprendente, las cifras publicadas por los periódicos vinculados al movimiento obrero, aún aquéllos que rechazaban la huelga general y el enfrentamiento callejero como medios de lucha habituales, fueron mucho más altas que las que admitieron los diarios y autores vinculados a los defensores del orden establecido. Así, el diario anarquista *La Protesta* y el socialista *La Vanguardia* dieron la cifra de 700 muertos, más de 4000 heridos y 50.000 apresados en todo el país¹⁶⁷. El comisario José R. Romariz estimó, sobre la base de los datos oficiales proporcionados por las seccionales policiales correspondientes a las “barriadas de numerosa población obrera o de actividades fabriles e industriales importantes”, que hubo entre 60 y 65 muertos, incluyendo algunas mujeres y niños, y entre 120 y 130 heridos de im-

protagonistas un nivel de organización y de conciencia de su situación y de cómo superarla que no parece estar presente. En segundo lugar, porque deja de lado el hecho de que rasgos insurreccionales en las luchas de la clase obrera argentina volvieron a emerger reiteradamente en hechos como la huelga general de masas de enero de 1936, la lucha alrededor del frigorífico Lisandro de la Torre en 1959, el Cordobazo y los Rosariazos de 1969, e incluso en las jornadas de diciembre de 2001, por poner sólo algunos ejemplos; esto parece señalar que esa tendencia constituye un rasgo constitutivo de la sociedad argentina, más que uno atribuible a una etapa histórica específica.

166 *La Vanguardia*; 8/1/1919; p. 2. *La Vanguardia*; 10/1/1919; p. 1.

167 *La Protesta*; 23/1/1919. *La Vanguardia*; 19/1/1919, p. 1. Este último diario había publicado la cifra de 2000 heridos en su edición del 14/1/1919, p. 1.

portancia y unos 150 heridos leves¹⁶⁸. El inspector Octavio A. Piñero da unas cifras un poco superiores: 141 muertos, 108 heridos graves y 413 heridos leves, aunque admite que “el número de víctimas sea aún mayor [...] en razón de que, en algunos casos, las autoridades han tratado de ocultar a este respecto la información veraz”¹⁶⁹. A pesar de esta afirmación, Piñero niega que hubiera habido incineración de cadáveres, lo que sí afirma Romariz, sobre la base de la información que personalmente recibió en la Morgue Central¹⁷⁰. Rivanera Carlés, que no casualmente es el único autor contemporáneo que tuvo acceso al archivo policial, recoge las cifras oficiales de la Policía de la Capital: 77 muertos y 136 heridos en la ciudad de Buenos Aires¹⁷¹, aunque reconoce que algunos pudieron no ser registrados y estima, sumando también los de fuera de Buenos Aires, que la cifra total en todo el país podrían ser 86 muertos y 180 heridos¹⁷²; admite 4.300 apresados en todo el país. Contrastan estas cifras con los 800 muertos y entre 3.000 y 4.000 heridos que informaron las fuentes diplomáticas francesas¹⁷³ y los 1.356 muertos y 5.000 heridos que comunicó el embajador estadounidense¹⁷⁴. Todos los autores, excepto Rivanera Carlés, enfatizan el hecho de que muchos de los muertos y heridos fueron “víctimas inocentes”: “[...] simples curiosos o transeúntes o personas que se encontraban sentadas tomando fresco, en la puerta de calle o balcones de sus domicilios [...]”¹⁷⁵. En cuanto a los presos existen varios testimonios de torturas y malos tratos, aplicados no sólo a los sospechosos de “maximalismo” sino en general. Además del extenso

168 Romariz, *op. cit.*; pp. 175 - 176.

169 Piñero; *op. cit.*; pp. 65 - 66.

170 Piñero, *op. cit.*, p. 80. Romariz; *op. cit.*; p. 8 y p. 155.

171 Nota del titular de Orden Social, Enrique T. Dufey al inspector general Francisco Laguarda, jefe de Investigaciones, acompañando la memoria de 1919. Policía de la Capital Federal, Memoria de Investigaciones, Año 1919, p. 50. Citada en Rivanera Carlés; *op. cit.*; p. 202.

172 Rivanera Carlés; *op. cit.*; p. 203.

173 Capitaine Gouspy, attaché militaire à Monsieur le Ministre de la Guerre, Etat Major de l'Armée, 2e bureau a, Bs. As., 26 janvier 1919. *Archives diplomatiques*. Amérique 1918 - 1940, sous serie Argentine 8, N° 186. Citado en Bilsky, *op. cit.*, p. 142.

174 Ambassador Stimson to S.S., January 28, 1919. *Records of the Department of State República Argentina*. Ítem 835.5045/92, p. 8. Citado en Bilsky, *op. cit.*, p. 142.

175 Piñero; *op. cit.*; p. 66. Este autor estima que hubo varios muertos y más de 100 heridos en esas circunstancias.

relato de Wald en el ya citado libro *Pesadilla*, Romariz refiere el caso de Abdón Pérez, apresado por él en un conventillo, por haber incitado a los policías a que mataran al oficial al mando de una patrulla (el mismo Romariz): entregado el preso en la seccional, dice Romariz,

Voy a pasar por alto las escenas que tuvieron lugar en el local policial [...]. Sólo diré que alguien, con autoridad superior a la mía, me reprochó mi falta de energía para con el nombrado detenido, que después se supo era un peligroso anarquista. [...] yo no era un asesino y en esa emergencia respeté la vida de un hombre que se había rendido. A Pérez lo vi ascender conjuntamente con otra cantidad de detenidos, varios días después de su arresto, a un camión militar [...] Lo reconocí, tal era su deplorable estado físico, al pasar lista y nombrarlo para su identificación y entrega a un oficial del ejército encargado de la recepción y custodia de los presos.

Y agrega, dando cuenta de cuál era el trato habitual que recibieron los presos:

Desconozco el nombre de ese oficial [...] Tuvo un gesto digno (lo destaco complacido): prohibió a su tropa golpear a al subir al camión, como lo hacían otros, a esos desdichados, muchos de ellos, me consta, completamente ajenos a los hechos¹⁷⁶.

Cualquiera sea la cifra que se tome salta a la vista la diferencia con las bajas sufridas por las fuerzas armadas del gobierno (policía) y del estado (ejército y marina): 4 muertos y 9 heridos, según Romariz¹⁷⁷, 2 muertos y 80 heridos (sólo de la policía) según los informes policiales¹⁷⁸.

La diferencia en el número de bajas de las fuerzas armadas en defensa del orden establecido y las del campo popular, y las múltiples referencias a la “víctimas inocentes”, registradas por todas las fuentes de la época, excepto los partes policiales, permite completar la caracte-

176 Romariz; op. cit.; pp. 96-97.

177 Romariz, op. cit., p. 176.

178 Rivanera Carlés; op. cit., p. 203. Sobre la notable diferencia entre el número de heridos registrados por Romariz y Rivanera Carlés vale citar la observación del primero: “En lo referente a estas víctimas de las fuerzas armadas, tal vez discrepemos con las constancias oficiales. No debemos olvidar el caso del oficial inspector lastimado al caer unos fardos de pasto, y existieron otros que para merecer la distinción de ‘herido en defensa del orden’, y la consiguiente recompensa pecuniaria, surgieron con contusiones y heridas que nada tenían que hacer con proyectiles o el filo de armas blancas” (Romariz, op. cit., pp. 176 – 177).

rización del hecho: la respuesta del régimen de dominación a la *huelga política de masas* fue una *masacre*, a la que siguió la *insurrección*. Caracterizar a la Semana de Enero de 1919 sólo como masacre es reducirla al instrumento de lucha utilizado por el régimen de dominación.

Esta caracterización del hecho permite plantear el interrogante acerca cómo se articulan las formas de lucha de la clase obrera y el pueblo y las formas de lucha del régimen de dominación. ¿Puede decirse que la reacción del régimen fue desproporcionada con relación a la lucha desarrollada por la clase obrera? ¿O más bien habría que preguntarse qué percibió en la rebelión obrera que lo llevó a plantear un “escarmiento [...] tan ejemplar que por cincuenta años nadie osará alzarse para perturbar la vida y la tranquilidad pública”? Sólo en este sentido la caracterización como *masacre* permite aproximar a conocer el momento histórico, las relaciones de fuerza existentes y, por ende, la explicación de los hechos investigados, recuperando a la clase obrera como sujeto contendiente. Considerada como medio de lucha la masacre remite a una política de aniquilamiento del régimen de dominación y esa decisión de aniquilar surge de la magnitud (en extensión y en profundidad) de las relaciones alteradas por la rebelión, que ya no pueden restablecerse mediante la represión y requieren del aniquilamiento, de la eliminación de los portadores de las nuevas relaciones sociales¹⁷⁹.

Bibliografía:

- Abad de Santillán, Diego; *La Fora*; Buenos Aires, Libros de Anarres, 2005; p. 251.
- Babini, Nicolás; “La Semana Trágica”; en Revista *Todo es Historia*; Buenos Aires, Año I, N° 5, septiembre de 1967.
- Balvé, Beba y Balvé, Beatriz; *El'69. Huelga política de masas*; Buenos Aires, Contrapunto, 1989.
- Bilsky, Edgardo J.; *La Semana Trágica*; Buenos Aires, CEDAL-Biblioteca Política N°50; 1984.
- Cámara de Senadores; *Diarios de Sesiones*; 1918, tomo 2.
- De Andrea, Miguel; *La perturbación social contemporánea*; Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos, 1919.

179 Sobre la distinción entre *represión* (respuesta a la alteración de intereses corporativos) y *aniquilamiento* (frente a la alteración de valores) ver Marín, Juan Carlos; *Conversaciones sobre el poder (Una experiencia colectiva)*; Buenos Aires, Instituto Gino Germani/UBA, 1996; pp. 17-18.

- Dorfman, Adolfo; *Historia de la industria argentina*; Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Fihman, Pablo R.; *Oíd mortales el grito olvidado* (Buenos Aires, edición del autor, 1994)
- Godio, Julio; *La Semana Trágica de enero de 1919*; Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Godio, Julio; *Historia del Movimiento Obrero Argentino*; Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1973.
- Ibarguren, Carlos; *La historia que he vivido*; Buenos Aires, Peuser, 1955; p. 341.
- Iñigo Carrera, Nicolás; *La estrategia de la clase obrera. 1936*; Buenos Aires, La Rosa Blindada / PIMSA, 2000.
- Iñigo Carrera, Nicolás; *Juan B. Justo y el Partido Socialista en el Centenario*; ponencia presentada en las Jornadas “Revolución, Nación y sectores populares en 1810, 1910 y 2010”, Universidad Nacional de Quilmes, mayo de 2010.
- La Nación*, enero 1919.
- La Prensa*, enero 1919.
- La Vanguardia*, enero 1919.
- Luxemburgo, Rosa; *Huelga de masas, partido y sindicatos*; Córdoba, Ediciones Pasado y Presente, 1970.
- McGee Deutsch, Sandra; *Counterrevolution in Argentina. 1900-1932*; University of Nebraska, 1986.
- Marín, Juan Carlos; *Conversaciones sobre el poder (Una experiencia colectiva)*; Buenos Aires, Instituto Gino Germani/ UBA, 1996.
- Marotta, Sebastián; *El movimiento sindical argentino*; Buenos Aires, Ediciones Lacio, 1960.
- Ortiz, Ricardo M.; *Historia Económica de la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1964. Tomo I.
- Piñero, Octavio A.; *Los orígenes y la trágica semana de enero de 1919*; Buenos Aires, s/e, 1956.
- Rivanera Carlés, Federico; *El judaísmo y la Semana Trágica*; Buenos Aires, Instituto de Investigaciones sobre la cuestión judía, 1986.
- Rock, David; *El radicalismo argentino, 1890 - 1930*; Buenos Aires, Amorrortu, 1977.
- Romariz, Ramón; *La Semana Trágica*; Buenos Aires, Editorial Hemisferio, 1953.
- Rotondaro, Rubén; *Realidad y cambio en el sindicalismo*; Buenos Aires, Pleamar, 1971.
- Wald, Pinic; *Pesadilla*; Buenos Aires, Ameghino Editora, 1998.

Resumen

Es un ejercicio de conceptualización sobre la llamada “Semana Trágica” de enero de 1919, uno de los acontecimientos más destacados en la historia de la clase obrera argentina. Su objetivo es conocer la naturaleza de ese hecho, utilizando conceptos acuñados en el desarrollo del cuerpo teórico fundado por Marx, para localizarlo en una escala universal de formas de lucha, y rechazar la tendencia vigente en la historiografía que evita dar carácter universal a los hechos de rebelión ocurridos en Argentina. La búsqueda de una conceptualización también confronta con las lecturas de los hechos protagonizados por la clase obrera que tienden a enfatizar las acciones de las clases dominantes y la condición de “víctima” de los obreros en lucha por sobre su condición de sujeto de la historia.

Palabras clave

clase obrera, Semana Trágica, Argentina, formas de lucha

Abstract

This is a conceptualization exercise on the so called “Tragic Week” of January 1919, one of the most noted events in the history of the Argentine working class. The objective is to know this event’s nature, using concepts produced by the theoretical corpus founded by Marx, to locate it within a universal scale of struggle forms, and to reject the tendency that avoids giving a universal character to rebellion events in Argentina. This conceptualization also confronts the interpretation of working class events that emphasizes the ruling class’ actions and the workers’ condition of “victims” over their condition of subject of history.

Key words

Working class, Tragic Week, Argentina, forms of struggle